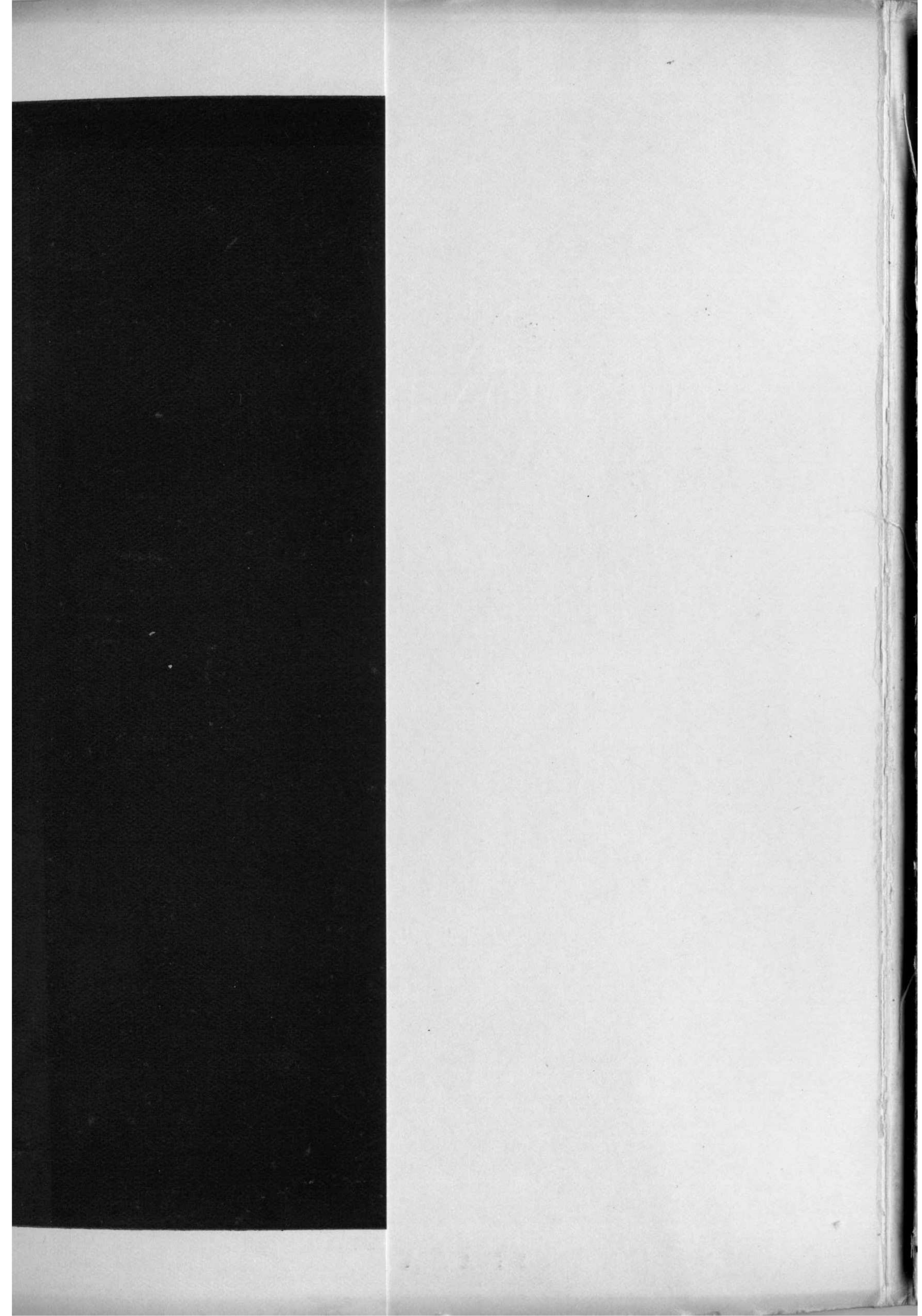
Juan Eugenio Blanco

RUSIA NO ES CUESTION DE UN DIA...



TEMAS DE ESPAÑA ANTE EL MUNDO



TEMAS DE ESPAÑA ANTE EL MUNDO

JUAN EUGENIO BLANCO

RUSIA NO ES CUESTION DE UN DIA...

ESTAMPAS DE LA DIVISION AZUL

Prólogo de Agustín Aznar

Ilustraciones de Blanco del Pueyo

PUBLICACIONES ESPAÑOLAS
MADRID
1 9 5 4

Sucesores de Rivadeneyra, S. A.—Paseo de Onésimo Redondo, 26.—Madrid.

PROLOGO

Juan Eugenio Blanco nos ofrece en estas páginas que vais a leer una evocación de la campaña de la División Azul en tierras de Rusia, y su narración ha de constituir con toda seguridad, para cuantos la vivimos, un magnífico archivo de los recuerdos de aquellos largos e interminables días que transcurrieron bajo los ardores del estío o entre la nieve de los largos y desoladores inviernos.

Pero lo más importante es que todas las páginas de estos relatos son historia pura, vivida y sufrida día a día, y escrita bajo la impresión cálida y ardiente en el mismo escenario de la acción.

No pretende, por tanto, nuestro camarada Eugenio Blanco servirnos una composición literaria nacida con premeditado afán de lucimiento, sino un relato en forma de reportaje, en lenguaje íntimo, voluntariamente desprovisto de aderezos retóricos que pudieran falsear el encanto de su autenticidad.

Es, sencillamente, la irrefrenable expansión del alma de un divisionario, trasladando a letras de molde todos los recuerdos captados en las tierras lejanas y duras donde luchó con su división.

El propio autor dice en uno de sus artículos que él no ha inventado ni descubierto nada, pero hay que reconocer que ha sabido recoger con fina sensibilidad y con ágil pluma muchos de los dramáticos matices de esta aventura y que, además, ha sabido captar la fuerte seducción de la tierra rusa y señalar la gran diferencia que existe entre la juventud educada por el comunismo, sin otros conocimientos de la Geografía, la Historia y de la misma vida que los que quisieron darle a conocer sus dirigentes, y la fuerte espiritualidad de la masa adulta y campesina, que, a pesar de treinta años de materialismo, ha sabido sobrenadar del gran naufragio espiritual y continúa cada noche rezando ante sus iconos, llena de esperanza y fe.

Esta es una historia pequeña y parcial en cuanto a su contenido,

como su mismo autor indica; pero días llegarán en que estas historias, pequeñas y parciales pero auténticas y llenas de emoción y recuerdo, se junten al fin para explicar a los españoles y al mundo entero la importancia capital que en aquel momento, y en todos, tuvo la presencia de los españoles en tierras de Rusia.

No soy quién para juzgar el valor literario de esta obra, y sólo la cordial camaradería y la petición de su autor me hacen escribir estas líneas. Pero lo hago con gusto, porque todos los que allí estuvimos podremos recordar—vivir de nuevo un poco—las horas de vida intensa de los divisionarios, en las que se iban entremezclando a cada paso el ardor del combate, el dolor, la alegría y la nostalgia de las cosas queridas y lejanas; y también esa anécdota que envuelve las más grandes epopeyas, tal vez para hacerlas asequibles y vivas, y poderlas guardar para siempre en el dulce recuerdo.

AGUSTÍN AZNAR GERNER.
(De la segunda compañía divisionaria de Antitanques.)

Madrid, enero de 1952.

EXPLICACION

Esto, como podrán advertir los lectores, no es un libro metódicamente escrito; ni siquiera es un relato que se desarrolla con arreglo a un plan determinado. Es lo que dice el título: una serie de "estampas" sin nexo apreciable, sin lógica continuidad ni en el tiempo ni en el asiento geográfico de su tema. El motivo de haberlo escrito es, simplemente, la nostalgia, ese sentimiento que nos ha quedado a los que hemos estado allí; el mismo que nos hace conversar atropelladamente, en cuanto nos reunimos, aliviados de nuestras preocupaciones, a charlar sobre los mil incidentes que la campaña de cada uno tuvo en Rusia; esas charlas en las que siempre dice alguno: "¡Cuánto daría por volver a ver la plaza de Nowgorod, la tierra calcinada de Possad, las abatidas piedras del Monasterio de Otensky o la impresionante llanura helada del Ilmen!"

Hijas de la nostalgia, nacieron las primeras "estampas" recién llegado de Rusia, a finales de 1942, y desde entonces, con una intermitencia que a veces es de varios años—ni mi horno particular, por razones que no son del caso, ni el horno internacional estaban para bollos divisionarios—, he venido publicando estas impresiones, que en mi intención han querido ser como fogonazos aislados que iluminen en la noche de lo ignorado—apenas se ha escrito nada serio sobre la División Azul—algunos sectores con la parcialidad de algo acotado, pero también con la nitidez de una impresión auténtica y directa.

Mi restringido observatorio es el que pudo tener cualquier camarada de la segunda compañía divisionaria de Antitanques, y en el orden del tiempo recoge mi mirada lo ocurrido desde el día que fuimos a alistarnos a la Ciudad Universitaria hasta aquel en que, con unos cuantos camaradas heridos procedentes del hospital de Wilna, regresé a España. Pero hay tres "estampas" que se salen de estos límites. Una, la titulada *Lago Ilmen;* no tuve el honor de participar en los hechos que se narran, que reconstruyo a base de datos cuya autenticidad me consta y a través de varios camaradas que fueron protagonistas de la gesta, y otras las que llamo *Krasny Bor* y *A orillas del Isora,* principales escenarios de la heroica batalla que libró la División Azul en el mes de febrero de 1943. Para la reconstrucción de estas últimas me

valgo tanto de documentos fehacientes como de la impresión personal de mi hermano Eduardo, que estuvo allí al mando de una compañía de Infantería, pero que no me pudo contar hasta el final, a causa de un tiro en la cabeza que le dieron cuando aún no había terminado el jaleo.

Ambas excepciones tienen su razón de ser. La primera, por su resonancia extraordinaria, hasta el punto de que quizá sea el hecho más divulgado de los que la División realizó. Y las últimas porque son un tributo obligado a los magníficos camaradas que relevaron a la "primera" División, es decir, la que salió en julio de 1941 y estaba en su mayoría en España..., o en los luceros, cuando llegó la batalla de Krasny Bor, sin duda alguna la más importante, desde el punto de vista de efectivos materiales y humanos en combate, entre las que participaron los voluntarios españoles.

Casi me da vergüenza decir que el libro no tiene la menor pretensión literaria, porque pudiera pensarse que al afirmar esto disimulaba un soterrado propósito. No. Creo sinceramente que basta leerlo para cerciorarse. Yo mismo tuve que suspender, horrorizado, la revisión que iniciaba para evitar repeticiones y "arreglar" las cosas que me parecía no sonaban bien..., porque no hubiera terminado nunca. Aparte de que no sea el de escritor el destino que Dios me haya deparado, diez años de ocho a diez horas diarias de trabajo, produciendo gran cantidad de oficios, informes y rollos relacionados con la administración de los Seguros sociales, me habrían esterilizado para tal menester. En este aspecto mi único mérito es haber logrado esquivar las palabras "citado", "referido", "susodicho" y otros comodines semejantes de la inefable burocracia. Además, el haber rectificado la "literatura" de las estampas sería una descortesía para quienes ya las leyeron, algunas de ellas publicadas hace bastantes años.

Lector: si no eres divisionario, informarte; si lo eres, hablar contigo, recordar. Sólo por esos dos motivos se encuaderna este libro.

EL CUARTEL DEL INFANTE DON JUAN

Unos días después del "Rusia es culpable" bajaba hacia la Moncloa en un "49" para presentarme en el cuartel del Infante Don Juan, donde se hacía la concentración de los divisionarios madrileños. Iba muy orgulloso de que, sin recomendación de nadie, me hubiesen llamado de los primeros en la Ciudad Universitaria e incluído en la segunda compañía divisionaria de Antitanques, unidad codiciadísima por todos los camaradas.

Me tocó en el asiento de al lado un hombretón ancho de espaldas, rubio, con lentes, un típico *homo cualunque* univesitario, que, al advertir en mi camisa la calavera de los antitanques, me dijo que él iba a ver si también podía lograr ser incluído en mi compañía. Yo me creí en la obligación de farolear un poco: era muy difícil, seleccionaban mucho a la gente, ya estaba completa, iban en ella Agustín y todos los excepcionales camaradas de la Vieja Guardia, etc., etc. Mi compañero de pequeño viaje insistía humildemente en que trataría de conseguirlo. Cuando llegamos al cuartel y entramos en la nave donde la compañía estaba en embrión fui yo el que me sentí más *cualunque* que nadie al ver cómo todas las jerarquías militares y de la Falange le abrazaban. Mi acompañante del tranvía era nada menos que Enrique Sotomayor; aquella lección fué la primera que de él recibí.

Muchos camaradas de la segunda de Antitanques —especialmente los procedentes de la centuria de *balillas*— no tenían más idea de la guerra que la que el cine podía haberles dado y hacía gracia escuchar sus conversaciones; sobre esto recuerdo que Ferrer, cuando llegamos a Possad en un excepcional momento de calma, dijo muy escéptico: "¿Y así es el frente? Yo creía que el frente era como una cortina de humo, pólvora, metralla, luces, cascotes, obuses, incandescente siempre como un volcán en erupción." Al poco rato ya tenía todo lo que imaginaba y no había quien le convenciese de que la guerra, tanto y más que aquello, eran las horas de tranquila centinela, los días y los días sin pegar un tiro, las descubiertas sin encontrar a nadie, el tiroteo tonto y aislado. Sólo en casos excepcionales—Possad fué uno de ellos—era la guerra como creía Ferrer.

La mayoría de los flamantes antitanquistas, en el cuartel del Infante Don Juan, tenía de un cañón anticarro la misma noción que de un megaterio. No regateamos nuestra admiración por los diez o doce cabos voluntarios, procedentes del Ejército, que manejaban el antitanque que teníamos de muestra como si fuera un juguete. Tampoco había experiencia cuartelera, y más de uno se negó a hacer "imaginaria" sin saber lo que era, pero pensando, un tanto vagamente, en un fantasma blanco recorriendo el pasillo central que quedaba entre las dos hileras de camas, en los grandes pabellones.

Eran dignas de verse y oírse las clases de "Teórica" que nos dieron unos cuantos días los sargentos profesionales voluntarios. En un corro formado por Agustín Aznar, Enrique Sotomayor, Alfredo Jiménez Millas, Muñoz Calero y varios camaradas más de la Vieja Guardia el sargento repetía, incansable, su lección de divulgación histórica, tantas veces dada a los reclutas: "El Ejército es el defensor de la Patria..." Todos nos sumergíamos con recogimiento en un baño de humildad y

hasta sacábamos del atolladero al sargento si alguna frase no le salía redonda.

Con la ingenua fanfarronería de los soldados de todos los tiempos se improvisaron canciones rápidamente:

"Rusia es cuestión de un día
para nuestra infantería;
pero acabaremos antes
gracias a los antitanques."

Meses más tarde algunos "pesimistas" cambiaron la letra por otra, que intercalaba un "no" en el primer verso y decía después:

"..
....
pero palmaremos antes
gracias a los grandes tanques."

Veteranos de la guerra española remozaban los antiguos estribillos y los ex legionarios demostraban demasiado ostensiblemente aquello de que

"A la Legión le gusta mucho el vino..."

Entre las canciones me queda en la memoria una que siempre cantaba Fernández de Córdoba—oficial en la guerra española, soldado en la División Azul—con esta letra delirante

"De la Artillería tenías que ser,
de Caballería también puedes ser,
pero nunca de los Antitanques,
que son la caraba de la presumir."

Hay que reconocer que nuestro paso por el cuartel del Infante Don Juan no fué precisamente el que pudiera prescribir un *Manual del buen soldado*. Dislocamos la vida normal de aquellos pabellones y patios, y a la estructura cotidiana de puestos de guardia y retenes le era difícil sobrenadar en aquella barahunda de divisionarios que entraban y salían, algunos de ellos sin más encuadre en unidad concreta que la que ellos formaban consigo mismo. (Luego se metieron clandestinamente en el tren que nos llevó a Francia). Fuera, festoneaban la cuesta que bordea la Moncloa madres, novias, hermanas, que apuraban las últimas horas de convivencia con los suyos y justificaban los cuentos de que nos servíamos para salir del cuartel fuese como fuese.

"Yo me he alistado para pegar tiros en Rusia, no para hacer el quinto en Madrid." ¡Cualquiera convencía a los bisoños voluntarios que la mejor manera de aprender a pegar tiros era aquel "hacer el quinto"!

NOS VAMOS A RUSIA

Se terminaron ya las jornadas de impaciencia —¿Cuándo salimos?— del cuartel del Infante Don Juan. Ya estamos en marcha hacia la gran empresa y en todos los rostros se refleja la satisfacción que esto nos causa.

Entre nosotros se ven jerarquías de la administración y el gobierno del Estado; las más de las veces con un simple uniforme de voluntarios; soldados rasos de esta Cruzada que nos ofrecen su ejemplo en el servicio. En la Compañía en que vamos encuadrados —Divisionaria de Antitanques— vienen dos Palmas de Plata de la Falange. Y algunos más con distintivos de recompensas que un día impusiera el mismo José Antonio. También dos Medallas Militares individuales; el sargento Maximino Pérez, que en la cota 1.597, en el frente de Teruel, se mantuvo con su carro dentro de las líneas enemigas durante más de una hora, colaborando eficaz y heroicamente en el logro de un objetivo, y el cabo Fernández Briones, que durante los ataques rojos a Sierra Trapera, en enero del 39, recuperó él solo una posición, enarbolando una bandera y haciendo huir a los rojos con bombas de mano. La mayor parte de los componentes de la Compañía —que manda uno de los más prestigiosos oficiales que lucharon en nuestra guerra— son ex combatientes y camisas viejas. Un oficial se dirige a su sección: ¡Muchachos, entre nosotros hay dos Medallas militares; para que no nos den envidia, vamos todos a por una!" En otras compañías no es raro encontrar caballeros laureados. Se comprende que el general Muñoz Grandes haya dicho que es un placer mandar tropas como las que integran esta División Azul.

Ya está la Falange en su elemento: ahora volvemos a encontrar el verdadero acento de nuestro himno. ¡Qué diferente este *Cara al sol,* cantado sobre la marcha, camino de la trinchera, a aquellos otros de los actos civiles de protocolo!

Ya está la Falange en su puesto anhelado; otra vez al viento sus canciones de guerra y de esperanza; otra vez manos femeninas prendiendo de nuestras camisas azules medallas y escapularios; otra vez la emoción de la despedida en todas las estaciones. A todas horas del día y de la noche, aun en los pueblos más pequeños, la gente sale a

decirnos su adiós emotivo. España está consciente de la transcendencia de nuestra misión.

En seguida se improvisan canciones que aluden a la División o a las distintas Armas que la componen. La compenetración entre oficiales, clases y voluntarios es absoluta. La más cordial camaradería dentro de la disciplina más exacta.

Ya en la frontera, la inevitable nostalgia que produce el abandonar la Patria se traduce también en canciones:

"Adios, adios, España;
España de mi querer, mi querer..."

Pero no; a España no la dejamos. Se viene con nosotros, somos nosotros, la llevamos con nosotros. La llevamos en vilo, con todo el impulso de nuestra fe falangista, para enaltecerla, para cumplir la vieja y constante consigna de ¡Arriba España!

DIAS DE GRAFENWÖRH

Van llegando los camaradas de la División Española de Voluntarios a este lugar de Alemania donde nos estamos concentrando. Todos vienen encantados del recibimiento que les han hecho en los pueblos del trayecto por el territorio alemán, y coinciden en afirmar que es Karlsruhe la ciudad donde más cariñosamente se les ha tratado.

Nuevamente cunde entre los ex combatientes de la Cruzada española la fiebre de las madrinas de guerra. Se han brindado gentilmente a ejercer este cometido infinidad de simpáticas muchachas alemanas, con las que nos entendíamos valiéndonos de la mímica y unos manuales de conversación, que muchas veces nos sacan de apuros; los camaradas que saben alemán son unánimemente envidiados, y lamentamos el haber concedido tan poco interés a este idioma cuando estudiamos el Bachillerato.

Refrena nuestra natural impaciencia de encontrarnos en el frente el convencimiento de que necesitamos instruirnos sobre los últimos adelantos en armamento experimentados en los campos de batalla de casi toda Europa; ponemos el alma en aprendernos todo lo más pronto posible. Y, aunque no son muchos los días que llevamos de instrucción; podemos decir con orgullo que la División Azul ya está perfectamente a punto para el combate.

Nos llegan los periódicos de España, y nos abalanzamos a ellos para enterarnos de lo que sucede en nuestra Patria. Los que se refie-

ren a los actos del 18 de julio y al formidable discurso del Caudillo pasan de mano en mano y son leídos con ansia. Observamos el interés con que en España se considera cuanto a nosotros se refiere y nos sentimos orgullosos de representarla más allá de sus fronteras.

Es corriente el caso de varios hermanos que han venido voluntarios en la lucha contra el comunismo; destaca entre ellos el de los hermanos Patiño, los cuales son cinco, encuadrados en la División Azul.

Hacemos vida castrense, de campamento. Es una manera de recuperar energías, físicas y morales; vemos muchachos a quienes había arrastrado la vorágine de la vida frívola de Madrid soportar alegremente las incomodidades de una instrucción militar intensiva, sin más preocupación que la de no desmerecer a los ojos de los intructores. Y a fe que éstos se maravillan de la rapidez y perfección con que nos hemos puesto al corriente de todo.

Nos despierta a las seis nuestra clásica diana. Inmediatamente nos levantamos, y todo el mundo a la ducha. Desayuno, instrucción, descanso y comida. Nuevo descanso, instrucción, cena y paseo. Al anochecer se reúne la compañía, y, después de pasar lista y darse lectura a la orden, estremecemos el aire con las notas de nuestro *Cara al sol,* tensos y firmes los brazos en alto.

El buen humor reina en el campamento de una manera franca. El día transcurre entre inofensivas bromas y jovialidades de los camaradas voluntarios.

Y, ante todo y sobre todo, tenemos el pensamiento en España y su destino. Para contribuir a realizarlo la División Azul espera con emoción una orden de su general Muñoz Grandes.

GRAFENWÖRH

La segunda compañía divisionaria de Antitanques llegó a Grafenwörh exactamente el día de Santiago de 1941. Nos causó una impresión enorme el ver una "ciudad de los soldados" en la que los cuarteles, diseminados entre inmensas arboledas, parecían casas de muñecas, construcciones de papel y tacos de madera de los juegos de niños. Casi nos parecía una "Jauja militar" con sus cines gratis funcionando constantemente—¿quién no sabía la música de Marika Rok en "Gasparone"—, con sus cantinas—¡aquéllas gentiles cantineras!—prodigando jarras de cerveza a cambio de unos miserables *pfenings,* con sus *varietés*—también gratis, naturalmente—de sesión continua, donde disculpábamos los chistes alemanes, que ninguno entendíamos, absortos en la grácil silueta de las anónimas *vedettes* militarizadas.

Era bonita Grafenwörh, con sus calles amplias y limpias, afortuna-

damente abiertas al tráfico civil, por las que de vez en cuando cruzaba rápidamente alguna monja en bicicleta, que nos dejaba un tanto asombrados (entonces no habíamos visto todavía a Ingrid Bergman boxeando con hábito impecable ni a Bing Crosby cantando *slow* con sotana).

Empezamos a "pringar" desde el mismo día que llegamos. Nuestra compañía quedó alojada en tres o cuatro *bloks*: estaba casi toda compuesta por falangistas de la Vieja Guardia madrileña; entre ellos, cabo el que más, Alfredo Jiménez Millas, Agustín Aznar, Armando Muñoz Calero, Enrique Sotomayor, Alvaro de Laiglesia, Dionisio Ridruejo y una buena parte de la centuria de *balillas* que al fin hubo que traer porque no había manera de sacudirnos en la Ciudad Universitaria a los jóvenes camaradas que harían su bautismo de fuego antes de que la tan ansiada barba hombrease su rostro; ellos fueron los que empezaron a romper la uniformidad de la vestimenta poniendo en la guerrera, sobre el bolsillo derecho, la calavera que llevan en España las tropas antitanques.

El día en que nos entregaron el equipo nos costó algún esfuerzo averiguar el objeto de ciertos utensilios; la mantequera era tan bonita que daba pena mancharla de grasa y la bolsa para meter una especie de capuchón antigás parecía especialmente adecuada para archivo de correspondencia.

Para la mayoría de nosotros el único contacto con los antitanques había sido llevar varios hasta El Pardo, en nuestras prácticas de Madrid. Por eso nos pusimos muy contentos cuando, a los pocos días de estar en Grafenwörh, llegó aquel en que nos iban a entregar las piezas. Por el camino habíamos contemplado el magnífico despliegue del ejército alemán y se nos iban los ojos tras las orugas rápidas y los coches de seis ruedas que remolcaban los antitanques y llevaban la munición. Pero se nos cayó el alma a los pies cuando, dispuestas las dotaciones delante de su pieza, se llevó cada una su cañoncito arrastrándolo por el más primitivo procedimiento de tracción; en fin, como, de todos modos, lo que se trataba de demostrar eran las ganas que teníamos de pegar tiros cuanto antes, emprendimos un alegre trote arrastrando los antitanques con las correas cruzadas al pecho y haciendo de esta forma las evoluciones que quisieron nuestros oficiales y los monitores alemanes. El "sistema" continuó durante todo el período de instrucción, hasta que un día cruzó por el campamento la buena nueva de que nos iban a dar coches. Y ahora sí que nos quedamos perfectamente satisfechos, pues los coches no eran de rígidas líneas militares, sino magníficos automóviles nuevecitos, muchos de ellos con radio y calefacción, recién requisados en la dulce Francia. Aquellos "haigas" —valga el anacronismo—habían sido llamados a filas y detrás se les

había acoplado inexorablemente un soporte para tirar de las piezas y los depósitos de munición. Esto era otra cosa! (Bien ajenos estábamos de lo caro que habíamos de pagar aquel lujo; cuatro meses después hubiéramos dado cualquier cosa por una oruga, único medio —la tracción animal aparte—de arrastrar los cañones en la nieve y el fango.)

A mi pieza le tocó un Hudson Terraplane, modelo 1941, que remordía la conciencia ponerle detrás el antitanque. En su honor, adaptada a la música del tango *Cuesta abajo,* compusimos una letra en la que el pobre coche empezaba lamentándose:

"A mí me revienta el frente,
me carga toda esta gente
de uniforme militar,
quiero tíos con chistera,
tanguistas en la trasera,
millonarios, borrachera,
juerga, risas, bacanal..."

Después de seis o siete días de práctica el antitanque no tenía secretos para nosotros; con gran estupefacción de los alemanes, poníamos la pieza a punto en menos tiempo que los instructores; siempre recordaré la cara de asombro de aquellos camaradas que nos enseñaron el manejo de los 3,7 cuando miraban detenidamente si habíamos dejado algo mal para descalificarnos, ya que en principio no creían en nuestros tiempos de *record.* Firmes los seguros, la lona en su percha, el visor desplegado, cada cosa en su sitio... *Sehr gut,* musitaban mirándose unos a otros sin reaccionar. Y cualquiera que hubiera visto aquello se habría quedado asombrado igualmente; los alemanes, ejecutando los movimientos con una precisión intachable, atendiendo unas voces exactas y rápidas; nosotros, organizando un follón espantoso de confusión y gritos, enredados sin discriminación de funciones durante los ocho o nueve segundos que duraba el ensayo. Parecía imposible que quedase todo bien..., pero quedaba todo bien.

El máximo asombro se produjo el día en que hicimos nuestro bautismo de fuego tirando, si no a tanques de verdad, sí con balas de verdad; los blancos eran unos tanques de cartón que avanzaban hacia nosotros a unos 800 metros; a los primeros disparos nos cargamos todos los blancos y también el carril sobre el que se deslizaban.

En el campamento militar de Grafenwörh juramos la bandera, antes de salir para el frente, con un juramento que ya habíamos hecho anteriormente todos; el de luchar contra el comunismo; la ceremonia, desde el punto de vista espectacular, no fué ninguna maravilla por parte de

nosotros, no acostumbrados a desfilar de dieciséis en fondo por la explanada. Pasado el momento emocionante de la jura, tomamos un poco a broma el desfile que se hizo a continuación ante nuestro general y varios altos jefes alemanes, que sonreían comprensivamente al advertir nuestros esfuerzos por no perder la línea. que tenía gran tendencia a la ondulación; casi en peligro de dispersión optamos por el heroico recurso de cogernos con disimulo de la mano—íbamos sin armas—y al fin pudimos terminar aquello decorosamente.

* * *

Grafenwörh ha debido resistir bastante bien el paso de la guerra, porque es hoy cuartel general avanzado de las tropas americanas de ocupación en Europa. En los mismos cuarteles, con la misión que nosotros hace diez años, hombres de Arkansas, y de California, de Nueva York y de Arizona, de todos los Estados Unidos, velan las armas ante las hordas de Stalin. También ellos, al atardecer, entablerán una lucha sin cuartel, pero sin sangre, para ganar la sonrisa y la atención de las muchachas alemanas, que quiero suponer tan encantadoras como entonces: mejillas sonrosadas, rubias trenzas, mirada traviesa, fino talle. Cuando las botas de los soldados americanos resuenen sobre las venerables maderas del puente que separa la ciudad del campamento, más de una "fräulein" de entonces, hoy quizá madura "frau" en sazón, recordará con nostalgia la alegría y el estilo que imprimieron durante meses, a aquel lugar de Europa, los voluntarios españoles de la Blau División.

LA MARCHA HACIA RUSIA

A mí me da vergüenza hablar de "las marchas" (así, en plural, porque los divisionarios las recuerdan nítidas e indepedientes, con su cortejo de cansancio y de incomodidades), porque yo no las hice; no las hice, pero las vi, y por eso, aunque me sonroje, puedo hablar de ellas. Sírvame de disculpa, ante los camaradas que pecharon con los centenares de kilómetros en el coche de San Fernando, el hecho de que yo no inventé los antitanques ni los vehículos destinados a transportarlos, y, sobre todo, el mal rato que pasé en más de tres ocasiones cuando, por cualquier embotellamiento o avería en la autopista Moscú-Minsk, tuve que soportar la mirada mixta de desprecio y envidia que dirigían al confortable interior del Hudson que arrastraba mi pieza y llevaba a sus servidores—un servidor entre ellos—cuantos miembros de la fiel Infantería pasaban a nuestro lado cargados con su monstruosa impedi-

menta, desaliñados, sudorosos y barbudos. Por más sinceridad o teatro que le echásemos a la mirada con que correspondíamos, mezcla de admiración, comprensión y lástima, no enternecíamos a los aspeados infantes; reconociéndonos "culpables" hacíamos como si no escuchásemos sus frases irónicas—no muy finas—dejándonos resbalar por el asiento hasta perderlos de vista. Claro que nuestra "diplomacia" no tuvo éxito en alguna ocasión y los decisivos tortazos sonaron de cuando en cuando por aquellas carreteras. De nada valía que proclamásemos que nosotros "éramos también Infantería". Allí no había más Infantería que la que llevaba ampollas en los pies. No se reconoció nuestra categoría de "privilegiados" infantes hasta que, ya en el frente, los mismos indignados camaradas de las marchas venían voluntariamente a ayudarnos a llevar el cañón de un lado a otro cuando para moverlo, enterrados nosotros y él en la nieve, se necesitaban fuerzas de titán.

Las marchas fueron racionalmente inexplicables, y sólo un ejército de españoles, de fecunda tradición en su maridaje con lo insólito, pudo aceptarlas fatalmente, como un suceso normal, y prepararse un día en Suwalki (Polonia) para dar un paseíto hasta Witebsk, pasando por Grodno, Wilna y Smolensko. Total, nada; es lo que decían los protagonistas cuando ya se acercaban al frente, en una canción cuyo último verso amaño para hacerla publicable:

"Tenemos que recorrer
mil kilómetros andando,
para luego demostrar
lo que llevamos pensando."

Sucedía esto en los meses de julio y agosto, que también en el este de Europa son de verano, y cuando formábamos parte del ejército más motorizado del mundo. Supongo que la explicación no será ningún arcano ni para el general que nos mandaba ni para gran número de divisionarios. Yo, desde luego, no la sé, y adopto la versión generalmente aceptada por todos los camaradas, versión que contribuía no poco a galvanizar su esfuerzo; los alemanes no tenían ningún interés en que la División entrase en fuego y pretendían que su presencia ante el ejército comunista fuese "simbólica". Nuestro general, interpretando perfectamente el espíritu que nos animaba, y viendo que en corteses conversaciones "logísticas" los medios de transporte no aparecían nunca, decidió, sencillamente, que nos fuéramos a pie, con lo que la voluntad "antisimbólica" no podía resultar más patente.

Sobre el "simbolismo", no de la División, sino de la compañía (segunda divisionaria de Antitanques), siempre recuerdo el despiste de Viguri, un camarada madrileño que se pasó durante todo el camino di-

ciendo que nosotros, a causa de la gran cantidad de personalidades y jerarquías que iban en aquélla, no "daríamos el callo" nunca. "¿Pero tú crees—decía completamente convencido—que los alemanes van a permitir que Fulano, Mengano, etc., estén en las trincheras como cualquier soldado?" Todavía, camino de Possad, sonreía con suficiencia pensando en un simulacro. Al poco tiempo la compañía en cuadro, cercados, con los rusos atacando en oleadas, un día sí y otro también, el pobre Viguri tenía que aguantar, en medio de aquellos fregados que se organizaban a cada momento, el choteo de todos nosotros, "Pues sí, hombre; tenías razón. Somos una compañía simbólica."

Volviendo a las marchas. Como los de Antitanques recorríamos en tres horas lo que los demás en tres días, íbamos delante, esperando a que nos alcanzasen en cada etapa, con lo cual nuestra marcha no podía ser ni más cómoda ni más interesante, porque encontrábamos los pueblos "vírgenes", es decir, sin ninguna tropa de ocupación, y siendo los primeros españoles que aparecían por allí, con gran asombro de polacos, lituanos o rusos. La "confraternización" era cuestión de segundos, y en los tres o cuatro días que, como máximo, parábamos en algún sitio nos hacíamos amigos "de toda la vida" de varias personas. Más de uno afirmaba que se había enamorado "de verdad". De verdad o de mentira, lo cierto es que no se perdía el tiempo y que, sin excepción alguna, a los españoles, en todos los terrenos que pisábamos, se nos trató con simpatía y cariño, en virtud de ese extraño fenómeno—que creo merece ser estudiado rigurosamente—que nos hace ser una especie de "comodín universal", que se encuentra en casa en cualquier lugar del mundo.

PIEDZANKA

Piedzanka es, al noroeste de Grodno, uno de los últimos pueblos de la antigua—bueno, "antigua", de 1918—frontera polacorrusa.

Los Antitanques, hasta llegar al frente, éramos los señoritos de la División: mientras los de Infantería demostraban su temple de soldados, descendientes de aquellos gigantes que hacían marchas en América del Atlántico al Pacífico, o en Europa desde el Tirreno al Báltico, haciendo etapas, con toda la impedimenta, de 50 a 60 kilómetros diarios, nosotros, cómodamente instalados en nuestros veloces turismos, les adelantábamos el paso, yendo en automóvil cuatro o cinco horas, para esperarlos dos o tres días.

Los alemanes no sabían qué hacer con los magníficos coches de lujo incautados a la gran industria automovilista francesa, y no se les ocurrió otra cosa mejor que equipar nuestro grupo divisionario de An-

titanques a base de ellos. Con un dispositivo detrás para uncir el cañón o el depósito de municiones, los vehículos construídos pensando en el paseo de los Ingleses y en los casinos de la Costa Azul, iban a ser fácil presa de la nieve rusa y quedarían enterrados en ella, como un símbolo de la imposibilidad del "confort" en las tierras soviéticas. El frente no llegaron a conocerlo; quizá algún tiro aislado o alguna bomba de sabotaje. Pero de aquellos excelentes Peugeot, Hudson Terraplane, Renault 1942, y tantos otros magníficos modelos, ninguno llegó a primera línea.

El antitanque, siguiendo el coche a regañadientes, resultaba un aditamento extraño; nosotros, perfectamente aseados e impecablemente vestidos, con el equipaje bien colocado y repantingados en los amplios asientos, no parecíamos soldados españoles; y digo que no parecíamos soldados españoles, porque los que sí resultaban la viva estampa de ellos eran los de Infantería, con quienes tantas veces nos cruzábamos por aquellas carreteras. Con todos los pertrechos encima, curtidos del viento más que del sol y con varios centenares de kilómetros recorridos a pie, sin afeitar o mal afeitados, hacían con nosotros un contraste del que no salíamos bien parados. Más de una cosa tuvimos que escuchar, que aguantábamos sin ninguna reacción, comprendiendo el estado de cuerpo más que de ánimo del que nos la decía.

Nosotros teníamos la conciencia bien tranquila. En España, antes de salir, preguntamos por las unidades de mayor peligro, y nos encuadramos en tanques. Pero, no sé por qué dificultades, la División no iba a tener carros de combate propios, y lo que seguía en el orden del riesgo eran los antitanques; y allí nos fuimos.

Además, en el "pecado" llevamos la penitencia, porque bien caro pagamos las condiciones del viaje hacia el frente, con lo que en éste tuvimos que hacer; sustituir con los precarios caballos de nuestros músculos los HP. de los caballos, oxidados para siempre en las cunetas de las carreteras rusas. ¡Con qué envidia veíamos después los rígidos remolques que los Panzerjäger alemanes llevaban y que arrastraban los cañones por cualquier terreno!

Pues a Piedzanka llegamos, como a todos los pueblos, primero que nadie. La gente, perpleja cuando se enteraba de que éramos españoles, simpatizaba pronto con nosotros; el denominador común del anticomunismo y la común religión católica eran los factores que salvaban cualquier prejuicio. La gente odiaba a los alemanes tanto como a los rusos, y captaba perfectamente la diferencia de nuestro propósito con el de los dos bandos en lucha; se nos entregaba sin reservas, y lográbamos cordial amistad en las cortas paradas. Yo todavía tengo confianza en que cualquier año salga de entre nosotros un Jacques Feyder que logre

otra magnífica "Kermesse heroica" con el argumento de aquellas andanzas.

El caso es que Piedzanka era un pueblecito tan esquilmado por los rusos y alemanes que apenas había algo para llevarse a la boca. Los primeros días nuestro comandante autorizó un cartel que, con el nombre de "Mercado", en español y en polaco, invitaba a los habitanttes del pueblo a la más primitiva operación comercial: el trueque. Huevos y gallinas era lo más codiciado por los divisionarios; azúcar, sacarina, café y tabaco, lo que más apetecía entonces a los polacos. En muy poco tiempo las dos partes habían invertido la totalidad de sus divisas.

O el racionamiento era pequeño o nuestro apetito era muy grande; el caso es que la gente hacía frecuentes descubiertas a las casas próximas para encontrar comida, y había quien venía hablando de fabulosos "Eldorados" gastronómicos y quien, por el contrario, regresaba famélico y ocultando su fracaso con alguna cantimplora de leche.

Teníamos siempre interés especial en parecernos a todo menos a un ejército de ocupación. Siguiendo esa consigna, no forzábamos en lo más mínimo a la población civil y conseguíamos las cosas—o dejábamos de conseguirlas—amistosamente. Cuando por un incontrolado se hacía alguna coacción de cualquier tipo su actitud era reprobada por todos.

Los campesinos polacos—me figuro que, en análogas circunstancias "de emergencia", igual que los campesinos españoles, egipcios o japoneses—ocultaban los productos de la cosecha con una perfección que haría inútiles los esfuerzos del más experto "detective". Y entonces se planteaban las polémicas de si nos íbamos a quedar indefensos ante su astucia, o, por el contrario, debíamos presionar sobre aquellas gentes, aunque no fuese más que de un modo simulado. (Recuerdo que en Udarnik, ya en el frente ruso, estuvimos varios días pasando auténtica hambre, sin encontrar alimento por ninguna parte, y la corta visita de un destacamento de Intendencia alemán, a raíz de una "entrevista" de pocos minutos con el *staretz* del pueblo, hizo aflorar millares de kilos de patatas que existían en depósitos subterráneos.)

Pero a lo que iba. Un día Valero y yo, sin hacer caso de "prejuicios sentimentales", en vista de que el hambre aumentaba, y estimulados por legendarias historias que escuchábamos, decidimos dar el golpe. En silencio nos pusimos el uniforme completo de la Wehrmacht y, fusil al hombro, nos fuimos alejando por un camino cualquiera.

Al poco rato llegamos a una casa, al parecer no muy explorada, y de cuya proximidad partían ruidos que denotaban la segura presencia de lo que para nuestro deseo no podía ser más que una vaca. En lugar de ensayar la prevista entrada en tromba llamamos un tanto enérgicamente con los nudillos. (Lo cortés—pensamos—no quita lo valiente.)

Nos abrió inmediatamente un polaco típico, ya entrado en años, de aspecto irremediablemente patriarcal, barba blanca, blusa hasta las rodillas, ancho cinturón, bota alta. Haciendo reverencias y sin darnos la espalda, nos invitó a pasar. Estábamos en una habitación rectangular; amueblada pobremente, aunque con detalles en cuadros, visillos y fotos, que hacían pensar en pasados tiempos mejores. Desde un cuarto, separado por una cortina, se oía, de vez en cuando, una tos seca, cascada.

Valero y yo, sin más trámite, aunque con más suavidad de lo que tan premeditadamente habíamos proyectado, planteamos nuestra exigencia, que en una combinación de varios idiomas quería decir algo no muy difícil de expresar.

—Tenemos hambre; queremos comida.

El polaco nos hablaba—en alemán, en francés, en polaco—, y nosotros le entendíamos. Había sido una familia dichosa, con tierras y criados; el hijo, oficial de la aviación polaca, muerto en campaña; los rusos, y luego los alemanes, se habían llevado cuanto de valor tenían y todo el ganado, dejándoles una vaca; su mujer, enferma del pecho, se alimentaba de leche y alguna otra cosa que la caridad de los vecinos llevaba. El se sentía honrado con nuestra visita; decía que España era una simpática nación. No tenía nada que ofrecernos; pero, de todas formas, deseaba que nos sentásemos.

Valero y yo no hablábamos nada. No hacíamos más que escuchar la salmodia de nuestro anfitrión y mirarnos, de vez en cuando, con expresión un tanto estúpida.

Salió un momento y volvió con un jarro de leche. De los restos de un aparador cogió—restos de una vajilla—dos tazas de buena porcelana. Trajo también un mantel, muy roto y muy blanco, que puso sobre la mesa.

No tenía nada que darnos; pero—decía—no quería dejarnos marchar sin obsequiarnos. Seguramente, por deferencia especial, sacó de no sé dónde un trozo de pan negro, hecho de Dios sabe qué harina.

Sin cambiar palabra entre nosotros, ya que sólo dirigimos breves frases al polaco para darle a entender que entendíamos, Valero y yo nos pusimos de acuerdo. El pan no lo tocamos. De la leche echamos un poco de una taza al vaso que tapaba mi cantimplora, y bebimos varios sorbos para demostrar al anfitrión que su invitación quedaba aceptada. Y después, primero en una forma embarazada y luego en atropellado suministro, fuimos poniendo encima de la mesa sacarina, caramelos, tabaco, margarina; le dejamos también varias docenas de marcos de ocupación.

Apenas hablamos más. Polonia y España, la guerra, el comunismo, Rusia...

Cuando nos fuimos, el polaco, mientras nos bendecía, lloraba.

NOWAJA-MJELNITZA

Nowaja-Mjelnitza es un poblado ruso a poca distancia del Ilmen y a orillas de un pequeño río que muere en el Wolchow. A buen seguro que Nueva Miniza (así habíamos españolizado su nombre) existía antes que la carretera Schimsk-Nowgorod, que limitaba uno de sus cardinales.

En Nueva Miniza acampó nuestra compañía—la segunda divisionaria de Antitanques—unos días antes de ir a Possad, y allí, por primera vez, en forma abrumadora, se nos echó la nieve encima.

Nos alojábamos distribuídos entre las casas del poblado, y a mi pieza le tocó una que no estaba del todo mal. Lo ocupaba solamente un viejo matrimonio ruso que no nos molestaba, y a quien molestábamos lo menos posible.

Mi pieza era bastante heterogénea. La componíamos entonces el cabo Arza, fuerte muchacho de Baracaldo, mecánico de la casa Balco Bilco, según decía él, en radical onomatopeya, refiriéndose a la Babcock & Wilcox. Valero, estudiante de Ciencias Químicas; Ferrer y Castro, de la Centuria de *balillas* y recién terminado el examen de estado; Armela, chófer y gran caradura, y yo. Nuestro sargento era Juan de Patiño y López de Ayala, y—también él lo decía—de los Grandes Expresos Europeos. Patiño, sangre azul, había sido legionario en nuestra guerra y tenía otros cuatro hermanos en la División.

El cabo Arza venía atormentándome desde el cuartel del Infante Don Juan. Decía que, en cuanto encontrásemos al enemigo, no íbamos a quedar en el antitanque más que el sargento, él y yo, únicos que sabíamos qué era eso de la guerra y llevábamos la mentalidad apropiada para el caso. Verdaderamente, ni el aspecto ni las actitudes de nuestros camaradas de pieza eran precisamente las que el cabo Arza consideraba adecuadas para una campaña. Se quejaba, fundamentalmente, de que eran muy jóvenes, "señoritos" por añadidura; no hablaban más que de cine, bailes y bobadas; su mayor orgullo consistía en que Celia Gámez era su madrina de guerra, y llevaban su osadía a lo que ya el cabo Arza le parecía una auténtica profanación; a bautizar el antitanque con el nombre de "Yola". En el absurdo reglamento que hicieron—a mí también me liaron, y, al final, hasta el cabo transigió—se estipulaba que, para pertenecer a la pieza "Yola", era condición in-

dispensable el saberse por completo la letra y la música de la revista con que allá en Madrid seguía la Gámez llenando el Eslava.

Aquel reglamento sirvió para que, en los días más duros de la campaña, los de "Yola" se hiciesen populares—y a veces insoportables— con su continuo canturreo. La pieza se redimió bien pronto de la frivolidad de su nombre; llegamos a quererla como si fuese un camarada más, pues nunca falló, y, a veces, resultó providencial su actuación incansable. El cabo, cuando ya llevábamos varios días de jaleo, hizo pública retractación de sus temores al ver cómo Armela, Castro, Ferrer y Valero "daban el callo" como cualquiera de nosotros.

En Nueva Miniza pasaban los días sin darnos cuenta. Estábamos a retaguardia y teníamos que hacer pocos puestos, salvo una guardia en el barracón donde estaban los coches y los antitanques. Sin embargo, no dejábamos de oír el frecuente cañoneo, especialmente sobre la carretera de entrada a Nowgorod. El servicio más enojoso, además de la guardia, era ir por el rancho a través de un camino que, abierto en la nieve, llegaba hasta la cocina. Sorteábamos, y el que le tocaba tenía derecho, más o menos reconocido, de ir trasladando a su marmita las mejores tajadas.

Nos pasábamos la vida encerrados en las cuatro paredes de la casa, la estufa siempre encendida y la temperatura tan en contraste con la de afuera que casi siempre estábamos en mangas de camisa. Transcurrían las horas tostando pan en el horno, escribiendo diarios, limpiando las armas, jugando a las cartas, inventando comidas, hablando, pensando, leyendo. Un día de suministro extraordinario de *vodka* cogió Armela una cogorza tan fenomenal que salió casi desnudo hasta el río, y, con una sierra en medio de la pasarela que habíamos improvisado, comenzó a cortarla; en su febril "heroísmo"—se indignó con nosotros cuando le sacamos de allí, ya que, por lo visto, lo que hacía era impedir el paso de los rojos—no se daba cuenta de que caería al agua helada en cuanto terminase su obra.

A Valero le explotó el cierre del fusil mientras lo limpiaba, y un trozo de algo se le incrustó bastante hondo entre dos costillas. Se fué al hospital. Los cuatro que quedábamos de Madrid, una noche, cuando ya era inminente nuestra marcha a Possad, prometimos, mano sobre mano, ir a pie al Pilar de Zaragoza, en acción de gracias, si salíamos bien de aquello.

De las cuatro manos que, una sobre otra, sellaron en Nueva Miniza el compromiso, sólo las del que esto escribe quedaron ilesas. A Armela, en Otensky, un tiro de fusil le atravesó las dos; a Ferrer, en Udarnik, hubo que cortarle los dedos de las suyas, heladas, porque no pudimos sacarle hasta pasadas unas horas del sitio donde los rusos le habían tirado con dos balazos. Y Castro, voluntario de un peligroso gol-

pe de mano a una de las isletas en poder de los rusos, en la cabeza de puente de Nowgorod, perdió entero el brazo derecho, que le quedó colgando de unos pingajos de carne, alcanzado directamente por una granada. De todas formas, aunque nos fué llegando a todos la china, consideramos nuestra escuadra como privilegiada de la fortuna. "Yola" es la única pieza de la segunda de Antitanques que conserva vivos todos los componentes de su primera dotación.

SITNO

En honor a la verdad hay que reconocer que en Sitno la segunda de Antitanques no hizo nada más que luchar con el miedo. Ocupada en los primeros días de noviembre por la Infantería, la cabeza de puente de Sitno fué la primera operación seria en que la División intervino. Todavía el Wolchow era de agua corriente; en cambio, cuando nosotros fuimos a Sitno, que estaba asomado a la orilla derecha del río, lo hicimos pisando sobre el hielo que lo cubría. Al lado de la primitiva pasarela estuvo todo el invierno la trágica escultura de un caballo que sólo sobresalía en medio cuerpo de la capa de hielo; había caído cuando aún no estaba el río completamente helado y tenía una angustiosa expresión de impotencia.

Seguramente en alguna parte de las ordenanzas de Carlos III, o quizá en los clásicos tratados militares, está escrito que los soldados no han de permanecer nunca inactivos, temiendo que con ello se agoste su espíritu bélico o incluso su capacidad física de soporte de incomodidades. Porque la opinión general era que se nos debiera dejar tranquilos, ya que el enemigo no se hacía ostensible y, sin embargo, nuestros oficiales nos dedicaban continuamente al bonito deporte de cavar trincheras, construir refugios, cortar leña, acondicionar casas deshabitadas y más cosas por el estilo. Para nuestra desgracia, cuando tuvimos terminados todos estos encarguitos, que, probablemente, de sobrevenir la guerra, nos la harían más llevadera, tuvimos que marcharnos hacia Possad, y aquí sí que hubiéramos dado años de nuestra vida por tener alguno de los refugios y chabolas que en Sitno dejamos.

Otro de nuestros entretenimientos—éste ya un poco peligroso—era el establecer contacto, atravesando la tierra de nadie que nos separaba de las posiciones de los lados. A la derecha, a unos tres o cuatro kilómetros, estaban los del batallón de "La Bernarda", ocupando los poblados—Tigoda, Dubrodka, Nilitkino—que con su sangre habían ganado. A la izquierda, el reconocimiento tenía un aliciente especial,

que era el ver a nuestros camaradas de la tercera sección que disponían de un pueblo—Russa—para ellos solos.

Enfrente, el bosque. El bosque de siempre, muy tupido, de pinos enanos que, con la nieve en sus ramas, ofrecían un aspecto de postal de Nochebuena. De tan bonito que parecía el paisaje daba una cierta sensación irreal, de decoración de *ballet*. De día podía uno recrearse tranquilamente en su contemplación, ya que sería muy expuesto para el enemigo aventurarse por el bosque hasta nuestra vista. De noche, cada pino era un enemigo en potencia, y los puestos de una hora se nos hacían eternos.

El puesto que más nos reventaba a todos era el del puente. Estaba a unos doscientos metros de las últimas casas de la carretera a Russa, sobre un pequeño río cuya agua no pudimos ver animada. Los cambios de temperatura producían en el hielo una especie de chasquidos, que, combinados con el silencio y los ruidos del bosque, destemplaban los nervios de cualquiera. Aquello no era un frente movido, pero sí era un frente de emboscadas, y todos conocíamos los repetidos casos de centinelas desaparecidos o muertos, cogidos sin tiempo de reaccionar.

Algunas guardias me tocaron en el puente dichoso con Alvarito de Laiglesia, que ya llevaba *La Codorniz* en la cabeza. Comentando los ruiditos que hacía la capa helada del río, le daba por decir que eran los cocodrilos que en él pululaban. Y nos reíamos imaginando la hipotética escena de la presentación al sargento, después de nuestro servicio, llevando atado a un cordel al más grande de los cocodrilos y comunicando firmes, con la seriedad ritual: "Sin novedad en la guardia, mi sargento; lo único, esto". Y señalar al saurio que, desde luego, suponíamos domesticado.

Otros puestos me tocaban con Presmanes—pocos días después milagroso superviviente de nueve tiros a bocajarro, cogido por *partisanen* en el camino Schewelewo-Otenski—, que me tranquilizaba garantizándome su casi absoluta sordera. Y otros con Corniero, que me advertía lealmente que apenas veía. (Corniero se haría singularmente célebre porque durante los más duros bombardeos de aviación, mientras todo el mundo buscaba una rendija subterránea en qué incrustarse, el recorría impertérrito los pisos deshabitados, haciendo buen acopio de tabaco, mantequilla, embutidos y demás chucherías. A ninguno se nos ocurría tachar de ilegal una forma de adquisición tan arriesgada.)

Por la carretera y el bosque habían quedado, diseminados, algunos cadáveres de soldados rojos, caídos en los combates que hubo en los primeros días de noviembre, al atravesar el río y establecer la cabeza de puente. El frío, siempre bastantes grados bajo cero, impedía la descomposición, y no despedían hedor alguno. Quedaban como esculturas,

en la misma posición en que la muerte les había llegado, y servían de macabro punto de referencia. No eran extrañas instrucciones de este tipo: "Seguís la carretera hasta más allá de donde están en la cuneta tres rusos, uno de ellos con el fusil cogido todavía. Tiráis por el camino que termina en una casa que tiene dos muertos dentro, y desde allí podéis ver a la derecha un gran edificio donde están los nuestros metidos en el sótano".

Sitno era un pueblo muy pequeño, sin apenas edificación que no fuera de madera. No recuerdo iglesia alguna. En el suave desnivel que había entre las casas y el río estaba el cementerio de los voluntarios españoles muertos en la lucha contra el comunismo en aquel sector; estaba bien cuidado, como consecuencia de la misma tranquilidad que allí existió pasados los primeros combates.

Después de la retirada, ya con todas las fuerzas al lado de acá del río, me llegó la postrera noticia a la que el nombre de Sitno quedaría fijado en mi memoria. Fué al escuchar la conversación de unos zapadores, que traían en un camión—quizá el último que pasó el río—las cruces que sobre cada tumba, y con el nombre del camarada muerto, signaban cristianamente la consumación de un acto de servicio. Cuando los rojos ocupasen las cenizas de Sitno—que dejamos hecho una pura llama—tendrían un motivo menos para su acostumbrado y salvaje escarnio.

POSSAD

El relevo de Possad era, sencillamente, un pasaporte a la muerte; por eso, la salvaje alegría en los que se iban era abortada por el fraternal sentimiento de angustia por los que se quedaban. En el gran retroceso del 41-42, en todo el frente desde Leningrado a Nowgorod, sólo aquella posición guarnecida por españoles había permanecido inexpugnable.

A primeros de diciembre fué el último relevo. Dionisio era de los que se iban, y las décimas de su fiebre las observaría aquella noche al otro lado del Wolchow. Recuerdo que el relevo se hizo en medio de un vendaval de nieve; con un ulular del viento tan perfecto, con una nieve horizontalmente arrastrada tan copiosa, que aquello parecía de película. Y de película de guerra era también el continuo machacar de la artillería, los morteros y las ametralladoras rusas—el fusil era anacrónico en aquella avanzadilla—: todo el suelo era tierra fresca, nueva, en una remoción constante.

Al principio enterrábamos a los muertos; recordaré siempre el montón de cadáveres, todos ellos S. E. U. de Madrid, apilados al lado

del puesto de mando del comandante, que vimos los de la segunda de Antitanques cuando entramos en Possad; fueron los de la primera defensa, y se creyó entonces en la posibilidad de un cementerio; más tarde enterrábamos a los camaradas en el mismo sitio donde caían; al final no se enterraba a nadie, embargados todos en la tarea inaplazable de preparar la propia muerte. Quedaban los muertos como estatuas muchos de ellos sin la menor mácula; ni carroña, ni hedor, ni buitres. Algo bueno tenía que tener el frío tan bajo cero. Possad era un siniestro museo de figuras de cera en el que sólo desentonábamos los que, vivos todavía, sosteníamos aquella posición que era leyenda en todo el frente norte.

Porque los rusos no pudieron entrar en Possad combatiendo. Venían en manadas y atacaban valientes. Possad era un pequeño laberinto de trincheras y chabolas en el centro de un claro de bosque con dos kilómetros de diámetro. Y alrededor del pequeño baluarte iban dejando sus oleadas de muertos; varais veces llegaron a infiltrarse, y entonces la lucha era más cuerpo a cuerpo todavía. Pero no vencieron nunca.

Volviendo al relevo. Era el día 4 de diciembre. Un Ruiz Vernacci entraba y otro salía. El que entraba ya no saldría más. Ya me había sonado a mí como un augurio fatal el tañido del casco de los dos hermanos, al chocar, cuando en el simultáneo encuentro y despedida se abrazaban en la trinchera. El cuerpo de Quique quedó muy cerca del de Sotomayor, que conservaba en su rostro la misma expresión risueña con que hizo toda la campaña.

Entre los que relevaban venía Agustín. Agustín era, para nosotros, el símbolo de la primera línea de la vieja Falange. Convergían en él nuestras miradas cuando preguntaba por el puesto más batido; y allí se fué con su corpachón y su ametralladora.

Para nosotros no era fácil evacuar, pero salir de Possad, aunque fuera para entrar en el infierno, nos parecía un alivio. Cuando llevábamos andando unos quinientos metros hacia Otensky, nos remordía la conciencia al mirar atrás; Possad era, en el claro del bosque, una hoguera inmensa.

Parece mentira que, al final, pudiésemos dejar aquello como lo dejamos. El día 7 de diciembre ya daba igual estar en Otensky que en Possad. Pero Dios hizo el milagro, y, para confusión de Estados Mayores, la inverosímil evacuación se hizo aquella noche sin una sola baja.

Unicamente varios de Infantería hubieron de sacrificarse, el simular, momentos antes, un ataque repentino en dirección contraria a la trocha. Nacimos en tal ocasión unos doscientos hombres supervivientes de más de diez unidades divisionarias. La misión de polarización de

fuerzas enemigas, que era el clavo de Possad punzando en la misma entraña del dispositivo soviético, había terminado. Y era tal la convicción que las seleccionadas fuerzas de choque comunistas debían tener sobre la imposibilidad de tomar Possad en armas, que todavía veinticuatro horas después de la evacuación continuaba sobre la desierta y silenciosa posición la lluvia de metralla.

Lluvia que ya no sentíamos, contemplada y oída desde los observatorios de Witriza, de Schewelewo, de Udarnik y de Toloschino, que, a los pocos días, eran puestos avanzados en la defensa de Nowgorod la Grande.

DEL DIARIO DE POSSAD

De Schewelewo—Cuartel general del regimiento—al Monasterio de Otenski hay 13 kilómetros por carretera forestal. A los lados de la carretera, el bosque, muy tupido, que unas veces no es de nadie y otras es de los rojos. Y al noroeste de Otenski, cuatro kilómetros más allá, Possad. Possad, un claro en el bosque, avanzada de España infiltrada en el terreno ruso. Possad, sartén cuyo mango hay que disputar a bombazos con los rojos todos los días.

* * *

En Possad los heridos no son graves ni leves, gravísimos ni menos graves. Los heridos se dividen en dos clases: los que pueden andar y los que no pueden andar. Los primeros se reúnen en grupos de 10 ó 15, y, provistos de bombas de mano, tienen que ganarse el camino al Monasterio, la etapa más dura, Son sólo cuatro kiklómetros... ¡Pero qué cuatro kilómteros! Se ven siempre por la carretera, en dirección al bosque, las huellas de los *partisanen,* cuerpo especial de francotiradores.

* * *

Y los heridos que no pueden andar... Hay que esperar a que se haga de noche para evacuarlos. A veces hay que dejar pasar más de una noche. Algunos no resisten tanto. Más cruces en el cementerio, al lado del puesto de mando.

—¡Voluntarios para llevar los heridos hasta Otenski!

Se organiza la expedición. Camillas, trineos, mantas... En el camino, frecuentemente, el número de bajas aumenta.

* * *

Cementerio de Possad, al lado del puesto de mando. ¿Os acordáis, camaradas de Antitanques, cuando fuimos a reforzar a los supervivientes de Esparza? Habíamos reunido todos los muertos en aquella empalizada. Estaban allí muchos amigos nuestros. La primera línea de Possad fué, en los días de noviembre y diciembre, la primera línea de la Falange de Madrid. Y nosotros, que renunciábamos, rendidos, a picar en el suelo para hacer nuestra chabola o refugio—la tierra helada era granito—, los fuimos enterrando a todos, en labor de varios días, cambiando picos y palas que se rompían contra aquella tierra pedernal. Enterramos también una pobre *panienka,* último vestigio de la vida civil del poblado, que conservaba todavía la expresión de susto por la explosión cercana, y los dos brazos cruzados ante el rostro, en un ademán de protección inútil.

* * *

En ocasiones, por la izquierda, se oía como un fragor lejano de combate. Algunas veces distinguimos el ruido de fusilería. ¿Serán los alemanes, que vienen a liberarnos?

—Es raro: por ese lado apenas nos hostiga el enemigo. Mi comandante, ¿usted qué cree?

El comandante, sonriente, sereno, hermético, nunca dice nada. Pero la esperanza no se pierde nunca. ¿Verdad, camarada?

* * *

En Possad apenas se fuma y casi no se come. De dormir, ni hablar. Pero en Possad se canta. Salen las voces del fondo de las trincheras y refugios, dominando la ventisca y las balas. Por el tono creería uno que está de regreso en una romería vasca. Pero han cambiado la letra:

"Los rusos creían, creían
que con alemanes se tropezarían.
Eran españoles los que había allí...
¡Vaya un desengaño que llevó Stalin!"

Alternando con sus embestidas feroces, los rusos nos obsequian con emisiones radiofónicas especiales. Se oyen bien sus peroratas, y las ametralladoras buscan inútilmente el altavoz camuflado en la nieve.

El que habla lo hace en correcto castellano:

—Admiramos vuestra resistencia, tan heroica como inútil. ¿No veis que estáis cercados? Eliminad a vuestros jefes y pasaos. Se respetarán vuestros grados. En nuestra retaguardia hay hermosas ciudades, diversiones. No pasaréis más frío...

Después suelen poner unos discos de piezas trasnochadas. El vals *Ramona* lo prodigan mucho.

* * *

También nos entregan proclamas en español con las consabidas invitaciones al pase y cuajadas de improperios contra la España que ellos llaman de Franco, como si hubiera otra. Digo nos entregan, porque no las lanzan con avión ni con catapulta. Ellos mismos las ponen, en la noche, al mismo tiempo que siembran de minas los caminos que saben tenemos que recorrer. Literatura barata, alusiones a la retirada de Napoleón... "Hoy son 20 ó 25 grados bajo cero; mañana, dentro de unas semanas, serán 40 ó 50. ¡No podréis resistir al frío ni al potente Ejército Rojo! Cada día serán más los morteros y cañones que pondremos en vuestro cerco. Nadie puede venir en vuestro auxilio. No estáis preparados para la guerra de invierno..." Nosotros comentamos sonriendo, pero nuestros comentarios no pueden escribirse. Luego repartimos las proclamas, guardándolas en la cartera. Con la estrella de cinco puntas arrancada al comisario y el carnet del Partido Comunista son un recuerdo más de la campaña de Rusia.

* * *

Sinceramente, cuando los rusos atacan, nos alegramos. Es preferible el combate cara a cara, muchas veces cuerpo a cuerpo, que la espera angustiosa del morterazo que fatalmente ha de caer en la chabola. En Possad no hay dos metros cuadrados de terreno que no estén removidos por los bombardeos. Más propiamente, por el bombardeo continuo, metódico, incesante. Cuando se recrudece algo, todos tenemos los nervios en tensión para saltar al primer aviso. Siempre precede al ataque una corta e intensísima preparación artillera, que da la sensación de que los rojos manejan mostruosas ametralladoras. Los bombazos de los escuchas se confunden con los gritos de la horda. *¡Hurrah, hurrah, Spanski kaput!* Vienen en verdaderas manadas y no son cobardes atacando. Se les siega materialmente y llegan nuevas oleadas. En ocasiones, consiguen alcanzar algunas casas, que luego hay que recuperar al arma blanca y metiendo las bombas por las ventanas. Pero Possad es España en aquellos momentos. Y Possad nunca ha podido el enemigo tomarlo en combate.

* * *

Los *ruskis,* como les llamamos, al atacar suelen venir estimulados por libaciones de *vodka,* que quizá les hacen más arrojados. Esos

mismos soldados, que el poco tiempo que son dueños de una posición aprovechan su victoria para rematar con picos y palas a sus defensores, cuando se les hace prisioneros se arrodillan y lloran como chiquillos. En España, los prisioneros que se cogían resultaban, siempre, ser "de derechas". En Rusia todos son ucranianos. *¡Niet kommunist, ukranski!*

Llevar un suministro a Possad "se las trae". Pero es una misión para la que sobran voluntarios. Y al que llega se le recibe triunfalmente. "Traigo pan, tabaco y coñac, mantequilla, algo de tocino y chocolate." El suministro se reparte rápidamente por el pueblo subterráneo. Aquel día no hay que recurrir a los filetes de caballo congelado, muerto en los primeros combates; ni hay que buscar como hurones patatas heladas por las ruinas de las casas. Además, vienen noticias de Nowgorod, del Monasterio, de Koenigsberg, Berlín, España. Porque allí, para nosotros, el mundo tiene dos partes: Possad y el resto.

* * *

Hay dos pozos en Possad, los dos clásica y justamente llamados de la muerte. Los rojos tienen fijado en ellos el punto de mira de sus máquinas y al menor movimiento disparan. Los dos están como coladores por los balazos. Hay que ir por agua de noche. Subir rastreando y sin hacer ruido la pista de hielo que hay alrededor; con mucho cuidado, para que no se sienta cuando choca en el fondo, ir metiendo el cubo, la marmita, o la caja de la careta antigás. Tirar de la cuerda—no se respira en ese momento—y emprender el regreso. Si se hace algún ruido, si la noche no está muy obscura, si de repente se enciende una bengala... En Possad el agua tiene un precio muy caro.

* * *

Sotomayor siempre estaba de un humor excelente. Una de aquellas sordas "meditaciones ofensivas" (todos buscábamos la manera de sacudirnos los rusos de alrededor con alguna genial operación o eficacísima arma secreta) la interrumpió un impulsivo camarada exclamando: "¡Si tuviéramos muchos lanzallamas podríamos salir al bosque a prenderle fuego por los cuatro costados!"

Y Sotomayor, con su eterna sonrisa. "Si salimos con lanzallamas los rusos vendrían con los brazos extendidos a calentarse las manos, diciendo: *Jarassó, jarassó.* ("Bonito, muy bonito").

* * *

Possad, en los últimos días, era sencillamente infernal. Ya no había superestructura en el pueblo, que no era más que un montón de objetos calcinados. Al estampido de las granadas enemigas se unía el de los depósitos de municiones incendiados, en una inmensa traca. Con el resplandor de los incendios se ve perfectamente en la noche y uno no puede moverse de su trinchera, chabola, refugio o parapeto. Al menor intento de desplazamiento no es un fusil o una máquina lo que pone en peligro la vida. Son seis o siete antitancazos o disparos de mortero. Los rusos, en Possad, utilizan la artillería de pequeño calibre para las aplicaciones que de ordinario tienen el fusil y la ametralladora. Y con una profusión que hace imposible toda estadística de impactos recibidos diariamente.

La intensidad de operaciones, golpes de mano, ataques y bombardeos fué desde el primer día tan continua, que no hubo posibilidad humana de construir refugios seguros y confortables. En cuanto cabían los cuerpos, aunque fuese horizontalmente, había que cubrirlos y dar por terminada la construcción. Era imprescindible calentarse de alguna manera y no quedaba más remedio que encender fuego dentro. Al poco tiempo el humo asfixiaba y había que apagarlo. El humo se marchaba cuandos los miembros se iban quedando ateridos, y otra vez a encender. Y así hasta que se ingeniaba un mecanismo para salida del humo o se encontraba una cosa que allí no tenía precio: una estufa. El calor que se acumulaba en el techo iba derritiendo el hielo, y las gotas caían sobre nosotros. A cada momento las explosiones cercanas, al retumbar, nos llenaban de tierra la cara y las ropas. El alumbrado era en la mayoría de los casos hilo del tendido eléctrico recubierto de una capa aisladora de goma y cáñamo, que al arder daba una débil llamita azulada. Había que estar desenrollando constantemente el hilo, pues la llama avanzaba más rápidamente que quisiéramos. Así hemos gastado kilómetros de cable.

El alojamiento en el que se puede estar de pie es un palacio. En la mayoría hay que meterse a gatas. Para ocupar menos espacio se duerme sentado, apoyado en los camaradas que conviven con uno. Además del puesto de armas hay que hacer guardia para que no se apague la estufa y desenrollar el hilo. Cada media hora hay que moverse para dejar pasar alguno que, a pesar de su buena voluntad, siempre pisa carne.

Pues, no obstante estas condiciones de vida, en Possad se canta, se ríe, se juega a las cartas y se escriben "diarios".

El relevo es una resurrección. El enlace va dando la orden como puede a la sección de Antitanques, que habrá de marchar "a descansar" al Monasterio. En el grupo que viene a sustituirnos llegan Agustín y Dionisio. Luis Vernacci da el último abrazo a su hermano Quique.

Hay una ventisca perfecta, con copos de nieve flotando horizontalmente y aullidos del viento contra los pinos. Possad está ardiendo. Los que llegan, naturalmente, están algo desconcertados. Agustín rompe la indecisión. "¿Cuál es la ametralladora más batida?" En seguida queda relevada la primera máquina. Consejos, advertencias, adioses. A Sotomayor, que debía venirse con nosotros, no se le encuentra por ninguna parte. Caminamos hacia el Monasterio, en silencio por la honda cuneta. En la posición intermedia volvemos la vista y se nos pone un nudo en la garganta al ver las llamaradas del incendio.

* * *

Volvemos a Possad llevando suministro y munición de antitanques. Es de noche. Chisporrotean los restos del incendio y alguna granada, al explotar levanta enjambres de chispas candentes. La primera voz conocida que oímos es la de Polín: "¡Venga, voluntarios para retirar los cuerpos de Sotomayor y Vernacci!" El alma, saturada de emociones, todavía tiene capacidad para acusar fuertemente ésta. Y por el camino cubierto nos van explicando cómo cayeron. El dolor es sin lágrimas ni comentarios, sin escenas ni lamentos. Es dolor solo, intrínseco, sin más atributos.

Los muertos, en Possad, son estatuas. El frío deja petrificados los gestos y actitudes del último momento. Retiramos del pie del antitanque las estatuas de Vernacci y Sotomayor.

De nuevo, y ya para siempre, dejamos Possad.

OTENSKY

El Monasterio de Otensky no era, ni mucho menos, San Lorenzo del Escorial ni San Eleazar de Pleskau. Pero sí era un típico monasterio ruso, donde muy bien pudiera haber existido el Padre Zosima de los Karamazov; no en vano quedaba a muy poca distancia la Staraja Russa, de Dostoievski.

Cuatro cuerpos de edificio, vértices de un cuadrilátero formado por unas humildes murallas. Cuando llegamos a él ya no encontramos monje alguno; pero sí subsistían, relativamente airosas, las cúpulas de cebolla dorada en sus cuatro esquinas.

Nowgorod, la Compostela de la Santa Rusia, está rodeada de monasterios como el de Otensky, en un tiempo avanzadillas donde contener y organizar las peregrinaciones religiosas que venían de los cuatro puntos cardinales; avanzadillas también, y de combate, en la pasada guerra, inmoladas casi todas — Tri-Troitzkaya, Mestelewo, Schutiny,

tantas más—defendiendo la vieja ciudad, que en expansión ecuménica incluso un día fuera hanseática.

El Monasterio de Otensky no servirá hoy ni siquiera para museo de los Sin-Dios, donde las generaciones soviéticas puedan escandalizarse del lujo "europeo" de las venerables casullas bizantinas. El Monasterio de Otensky dejó de existir el día 8 de diciembre de 1941, el mismo día en que dejó de ser un alcázar de españoles. Ya bien poco quedaba de él, después del 4, cuando los rusos intentaron tomarlo en combate por última vez.

Estaba todo barrido y sin superestructuras. El enemigo había hecho una verdadera exhibición, mejor que preparación artillera; sentíamos los efectos de un arma hasta entonces desconocida: el "organillo", que después ya nos sería familiar; balas de cañón disparadas con la misma frecuencia que las de una ametralladora. Por si fuera poco, nos visitaron unos aviones tan bonitos, tan aerodinámicos, que no parecían soviéticos, y así lo creímos, hasta que cayeron las primeras bombas.

Era deprimente, y confortaba a la vez, el ver a nuestro comandante, con sus oficiales de enlace de Estado Mayor, aguantando en la trinchera como cualquier soldado. El mecanismo de la defensa era bien simple: cercados, sin posibilidad de refuerzo, cortadas las comunicaciones, la guarnición de Otensky no tenía más objeto que resistir el alud hasta que quedasen alientos, y, luego, a morir con Dios.

La posición se iluminaba de noche con los "panecitos de Stalin", una especie de bengalas multicolores, de persistente duración, que nos tiraban desde el aire, y que daban a las ruinas del Monasterio y a los restos de sus defensores una apariencia fantasmal.

A pesar de todo, todavía teníamos, entre otras cosas, humor para aguantar aquéllo y para cantar durante los ataques.

"Ellos creían
que con alemanes tropezarían;
se equivocaron...
Eran españoles los que allí fueron
vaya un "tiberio"
que allí se armó."

Era una infantil fanfarronada; pero lo cierto es que nosotros lo cantábamos, con su musiquilla vasca, a grandes voces, y nos sentíamos contentos; lo que lamentábamos era que los rusos no lo entendieran, aunque lo que sí debían entender era el poco respeto que nos producían sus realmente serias acometidas.

Murieron muchos camaradas, naturalmente. Una sola de las bombas de aviación mató a dieciocho de ametralladoras y a cinco de

la segunda de Antitanques, y se cargó por completo uno de los vértices del Monasterio.

El día 7, por la noche, los hermanos de Possad salvaban los cuatro kilómetros que les separaban de nosotros y se decidían a proseguir rumbo a Schewelewo. En su mayoría, sólo llevaban bombas de mano para defenderse. Un poco más tarde nos llegó la orden de evacuar, y el milagro de Possad se repitió con los supervivientes del Monasterio de Otensky.

Todo el mundo en silencio por la trocha; nos precedían dos coches, que no sé de dónde habían salido, y en los que iban los heridos más graves. Cómo estaría la cosa que ningún herido—y había fracturas y desgarros de todos los gustos—se quejó en absoluto, a pesar de la brutal forma en que los estrechábamos unos contra otros, para que cupiesen más y evitar la problemática retirada en camilla. Entre ellos tiramos, cuando ya estaba en marcha el camión, el cuerpo de Jiménez Millas, atontado a última hora por una onda explosiva.

En el dramatismo del momento, la simpática y emocionante nota de los prisioneros rusos, que prefirieron venirse con nosotros a esperar a sus compañeros—que entrarían al día siguiente en la posición—, a pesar de las facilidades y hasta el consejo que les dábamos para que se quedasen. Es inexplicable, pero así fué, y también es justo reconocer que se portaron magníficamente, ayudando a evacuar a los heridos.

Asaltamos nuestra intendencia y rompimos, vertimos o quemamos todo lo que podíamos arrastrar con nosotros. Fué la única vez que las barritas de *schokolade* no estuvieron racionadas y en que no hubo necesidad de camelar a ningún furriel para que el *vodka* fuese abundante.

Los dos camiones iban abriendo marcha, a la desesperada, y todos pensábamos que, si ellos lograban pasar, nosotros también podríamos hacerlo. Todavía hoy no nos explicamos cómo en el lívido amanecer del día 8 de diciembre llegamos a la autopista helada del Wolchow. En la guerra hay situaciones que escapan a toda lógica, y aquella evacuación del Monasterio y de Possad debió ser, sin duda alguna, un especialísimo favor que la Purísima nos hizo.

LA BOMBA DEL MONASTERIO

Del Monasterio de Otensky, claro. Muchos y muy bonitos monasterios vimos durante la campaña, pero éste se ganó la antonomasia por derecho propio.

La compañía tenía una fisonomía especial. Iban en ella como soldados no pocos oficiales de la guerra de España; yo mismo había man-

dado una falange de la terecra centuria de Segovia en los primeros meses de la Cruzada y me encontré en el cuartel del Infante Don Juan con el cabo Gaspar Gil (ya para siempre *Gasparone),* voluntario a mis órdenes en aquel tiempo y que ahora no concebía el "ser más que yo" en la División. Pero el ejemplo más fuerte era el del cabo Aznar, durante nuestra guerra jefe nacional de Milicias de la Falange. Esto, unido a la camaradería y amistad que existía con los oficiales, daba lugar a no poca confusión entre los magníficos cabos y sargentos de la compañía, casi todos ellos profesionales del Ejército. Recuerdo que el sargento Gestoso manifestó en una ocasión, a raíz de un incidente sin importancia, que él no podía seguir en una unidad "donde los soldados mandaban más que los oficiales".

El chofer que tenía la pieza de Gestoso era José Luis Méndez, que, en cuanto acampábamos, hacía del coche su tienda y no dejaba entrar a nadie en él..., ni a su sargento, lo que provocaba entre ambos unas violentas discusiones de las que nos beneficiábamos, regocijados, oyendo los argumentos de Méndez sobre la transitoria propiedad del coche y los del sargento sobre la disciplina y obediencia a todo trance.

Gestoso era un gallego estupendo, infantil y grandullón. Fué voluntario a llevar el suministro a Possad cuando hacía unas horas que había sido relevado de allí, y gracias a sus músculos pudimos traernos un antitanque. Miraba a cada momento la hora en un formidable reloj de oro que había comprado por varios cientos de marcos ganados al *poker,* que se le daba bien. Como no se aplastaba durante un bombardeo en Otenski, le dijimos: "Agáchese, que le van a dar", y él contestó, con fatalismo celta, que la bomba que tenía destinada le daría "en medio y medio", aunque se escondiese.

Angel Loma era un camarada de la centuria de *balillas* a quien el día 3 de diciembre le dió por encontrarse pesimista. Nos dijo muy serio a sus amigos que no tardaría mucho en morir; escribió una carta a una hermana monja que tenía en Italia, en la que se despedía de ella y le hablaba de su presentimiento, y nos amargó diciéndonos fríamente sus últimas voluntades.

Son de esas cosas raras que pasan en la vida, cuyo conocimiento no deja de impresionarnos, y más aún cuando somos espectadores de ellas. Veinticuatro horas después de las palabras de Loma y Gestoso, una bomba de aviación daba literalmente "en medio y medio" del cuerpo de este último, y por la metralla y onda explosiva de la misma moría también aquél, con más de veinte camaradas.

* * *

El día 4 de diciembre me encontraba haciendo guardia en una de las esquinas del cuadrilátero del Monasterio, al lado de "Yola", nuestra pieza. El frente estaba tranquilo. Eran las cuatro de la madrugada y hacía un frío espantoso, Afinando el oído podían escucharse las risas y las voces de los camaradas de un refugio que estaba a mi izquierda, con una estufa que era una tentación. No sucedía nada, y en un momento de debilidad me acerqué a calentarme los pies, con tan mala suerte que precisamente en aquel instante pasaba el sargento de vigilancia que estaba recorriendo los puestos, hacia al que me volví apresurado cuando aún no había llegado al refugio.

Como es natural, me echó la gran bronca; aludió al abandono de servicio frente al enemigo, recordó lo que el Código de Justicia Militar preveía para tales casos y se marchó refunfuñando que ya sabía él lo que tenía que hacer. Yo me quedé bastante fastidiado, deshojando la margarita de si el sargento daría o no parte, en cuyo entretenimiento se me pasó la media hora de turno.

Tenía que relevarme Mariano Ferrer, también de la centuria de *balillas,* que no aparecía por ninguna parte, a pesar de que ya pasaban varios minutos de la hora. Estaba durmiendo como un pepe, con los demás de la pieza y una sección de la cuarta de ametralladoras de Esparza, en una de las cuatro torres del Monasterio, a diez o doce metros de distancia del puesto. Entré allí rápidamente, lo zarandeé, pero no había quien lo levantase. "Considérate relevado y acuéstate", me decía semidormido. Intenté explicarle atropelladamente lo del sargento, pero no me hizo caso. Tuve que apelar a un recurso "heroico": "Me vuelvo al puesto y allí estaré hasta que me releves." A los pocos segundos, y pronunciando frases que no se pueden escribir, aparecía Ferrer dispuesto a pelar su guardia.

Después de calentarme un rato las manos y los pies me acosté, acoplado como sardina en lata, entre el sargento Patiño y el cabo Arza, mis superiores inmediatos en la compañía, que refunfuñaron al sentirme con las lindezas de costumbre. Estábamos en aquel cuarto cuadrado unos cuarenta hombres distribuídos por mitad a cada lado, en forma que entre los pies quedaba un pequeño pasillo, al final del cual había una estufa.

La aviación rusa pasaba todas las noches, y ya oíamos como quien oye llover el zumbido de los motores, el silbido de las bombas por el camino y el ruido de la explosión. La postura en que estábamos, durmiendo pegados al suelo, era la ortodoxa, y sólo podía mejorarse levantándonos y yendo al refugio que había en el patio central del Monasterio, lo que nunca hacíamos. Yo me dormí en seguida aquella noche; pero, a pesar de ello, oía entre sueños el ruido de los motores de los Stormovich.

Me despertó un grito escalofriante de Gestoso, que recordaré mientras viva. Al abrir los ojos vi el cielo por el agujero que había hecho la bomba al entrar. Había partido prácticamente en dos el cuerpo del sargento—que dormía frente a mí—y estaba enterrada en el suelo, sin estallar. Por un instante pensé saltar hacia afuera, mientras procuraba incrustarme en el suelo, con todos los músculos en tensión, iniciando el "Señor mío Jesucristo". La bomba explotó casi inmediatamente, y yo quedé sin sentido por unos segundos. Al recobrar el conocimiento, veía el cielo por todas partes a través de una maraña de maderas y hierros, entre nubes de polvo.

Oí a Ferrer que me llamaba a grandes voces desde fuera, y, cuando estaba aún medio atontado, me abrazó Teodulfo, uno de los camaradas que dormían allí, zarandeándome con alegría animal, mientras decía que, salvados de aquélla, ya no palmaríamos nunca. Fué sólo un momento de enajenación. Se calló y, con los ocho o nueve camaradas que se habían librado, empezamos a quitar los escombros, sin que desgraciadamente pudiésemos hacer nada por los que estaban debajo.

No hubo ningún herido. De los que dormían en el lado izquierdo, donde estaba Gestoso, no se salvó nadie. Del otro salimos con vida la mitad. De algunos camaradas—Loma, por ejemplo—no pudimos encontrar ni rastro. Allí quedó también el reloj de oro de Gestoso.

Lo que son las cosas; a Mariano Ferrer mi negligencia le salvó la vida. Sin ella no me habría echado la bronca el sargento de vigilancia; sin la bronca no me habría yo preocupado con tanto rigor de que mi relevo se efectuase debidamente, y me hubiese acostado, como tantas otras veces, después de avisar al que me sustituía. Entonces Ferrer se habría quedado remoloneando unos minutos más, los precisos hasta que llegase el Stormovich; y dormía también enfrente de mí, pegado al sargento Gestoso, precisamente del lado que no se salvó nadie.

AREFINO

Arefino, nombre que a mí se me antojó de bonita eufonía, es, de los pueblos en que estuvo la segunda de Antitanques, el que queda más al norte siguiendo el curso del Wolchow hacia Leningrado. Llegamos a él el día siguiente de la retirada, después de dormir en Schewelewo, hasta aquel mismo día cuartel general del regimiento de Esparza al que estábamos agregados.

Mi compañía tendrá siempre un grato recuerdo de aquel lugar. Fué un paréntesis de tranquilidad, sobre todo para mi pieza, que a los pocos días se vería metida en pleno fregado de Udarnik-Posición intermedia, en las Navidades del año 1941.

En Arefino se vivía bien. Apenas había sufrido con la guerra y las casas eran confortables; dentro de ellas el frío no se sentía en absoluto; además, tenía aquel pueblo la nota simpática de parecer poco sovietizado. La población civil que allí había—hombres de edad respetable, mujeres, niños—daba la sensación de la vieja Rusia de las novelas de Tolstoi o de Gogol. Allí vi los más bonitos iconos y allí aprendí la música y letra auténticas de "Volga, Volga"; me las enseñó Volodia, un pequeño de doce o trece años.

Pero, como Arefino estaba habitado, pocos iconos pudimos llevarnos como recuerdo. En la División llamábamos iconos a cualquier clase de cuadros o imágenes religiosas, que, hora es ya de decirlo, había en todas las casas de la Rusia soviética, donde la religión oficial—valga la frase—era el ateísmo; uno de los motivos de más agradable estupefacción para nosotros fué el ver que en un rincón de todas las *isbas,* por muy modestas que fuesen, no faltaba nunca la lamparilla alumbrando a la Virgen de Kazán—nuestra Señora del Perpetuo Socorro—o cualquier otra advocación piadosa. Y ante ellas, antes de retirarse a sus habitaciones, se persignaban devotamente, según el rito ortodoxo, los habitantes de la morada.

A la "caza" de iconos nos dedicamos con entusiasmo desde que entramos en Rusia, con el propósito de conservarlos como el mejor recuerdo de nuestra estancia allí. Magníficas colecciones se perdieron en los azares de la campaña; pero sin embargo, me consta que algunos han podido volver con piezas de museo. Al principio, a los camaradas de escasa formación cultural los explotábamos adquiriéndoles los iconos a precios irrisorios. Más de una miniatura en la que tres o cuatro siglos habían dejado su pátina venerable fué cambiada por un paquete de "Papirossi" o dos botellas de *vodka.* Pero después no había divisionario, por muy indocumentado que fuera, que no distinguiese los iconos antiguos y de valor de los litografiados o hechos en serie, que existían con mucha más profusión.

Siempre nos llevamos muy bien con la población civil rusa y en Arefino fuimos solícitamente atendidos por aquellas buenas personas que nos vieron llegar derrotados moral y físicamente. La constante tensión de Otensky-Possad había dejado sus huellas en nosotros y el hecho innegable era que ya los dos inverosímiles baluartes de la División estaban en poder de las tropas soviéticas.

Sobre esto de nuestras relaciones con la población civil rusa podría escribirse un volumen con detalles sorprendentes. Me vienen ahora a la memoria la muchachita de Udarnik—diecisiete años, estudiante de Medicina en Leningrado—, curando con lágrimas en los ojos nuestros heridos de aquella posición; el llanto de una mujer en Nueva

Miniza al ver cómo Ferrer, tan "malienki" (pequeño), partía hacia el combate. Aquellas voluntarias evacuaciones, siguiendo a nuestras tropas en la retirada, de los pocos habitantes que había en los pueblos que dejábamos... Y, como detalle simpático, la danza que, organizada por Enrique Sotomayor—ejemplar camarada de las armas y las letras, ejemplarmente caído en el asedio a Possad—, hicimos alrededor de un ruso de grandes barbazas a través de las que se advertía su risa cordial, al ritmo del estribillo *Ruski jarasso, ruski gut,* para que en cualquiera de los dos idiomas comprendiese nuestra favorable inclinación a los buenos rusos, a los pobres rusos, a los eternos rusos de la Santa Rusia, que algunos llevábamos, antes de pisar su suelo, tan bien conocidos.

Los sucesos ya se van difuminando en la memoria, pero me parece recordar que en los tres días que estuvimos en Arefino no hicimos servicio alguno. Y, para que todo fuese agradable en este pueblo, la única baja fué la de un camarada a quien una patrulla alemana, por despiste, alcanzó con un tiro de fusil, haciéndole un sedal que le garantizaba el viaje a sitios que entonces se nos aparecían como el paraíso: Wilna, Riga, Koenigsberg...

Yo deseo de todo corazón que el padre de Volodia, de guarnición en Leningrado los días en que nosotros ocupábamos su confortable casa de Arefino y enseñábamos a su mujer, sobre un mapa, la situación del cerco a la antigua capital rusa, haya resistido sano y salvo las peripecias de la guerra y vuelto a la vida normal con su familia; quizá Volodia conserve todavía las linternas, lápices y no sé qué más cosas que le dimos al marchar; seguramente su mujer le habrá contado con todo detalle cómo hicimos nuestra vida en su casa. Y siempre es una satisfacción pensar que ningún mal recuerdo ha de salir a relucir cuando el tema de la conversación, en aquel pueblecito que está a orillas del Wolchow en la carretera de Nowgorod a Leningrado, sea la estancia de unos soldados venidos desde tan lejos para luchar contra el comunismo, y que llevaban, en el brazo derecho del uniforme, una banderita roja y amarilla.

INVITACION AL VALS DE MOSCU

Los servicios de propaganda del ejército comunista no se lucieron mucho con nosotros. Claro que su primer error "estratégico" fué el creer posible que se pudiese hacer propaganda comunista en una división de voluntarios contra el comunismo, en la que la mayoría de ellos tenía ya un haber de tres años de lucha con aquella finalidad.

La propaganda no obtuvo, como era de esperar, éxito alguno, y ni

aun en los días más críticos de Possad, cuando la continua y sobrehumana tensión física podía haber causado un traumático desquiciamiento moral, se registró ninguna deserción. Muy avanzada la campaña, y superado el primer invierno, sí se pasaron algunos, que probablemente salieron ya de España con aquel objeto; Dios les haya perdonado; estoy seguro de que ningún castigo podría afectarles más que lo que a cada uno le haya pasado en el paraíso soviético.

La propaganda oral, por medio de altavoces, del tipo de la que los rojos y nosotros hacíamos en la guerra de España de trinchera a trinchera, consistía en unos discursos absurdos, a cargo de comunistas españoles de los que fueron a Rusia del 36 al 39. No nos producían otro sentimiento que el de lástima y rabia por la situación de aquellos compatriotas reducidos a desempeñar tan tristes papeles. También de vez en cuando intercalaban un rollo dictado a algún prisionero que con voz artificial e indescriptible nos daba cuenta de su júbilo al estar en poder del ejército rojo. Los únicos oradores que no tomábamos a broma era los que se habían pasado de verdad; como la campaña no era precisamente del tipo de la guerra de las naranjas que valió a Godoy su principado, estos españoles indignos de tal nombre se complacían recordando cuantos sucesos desagradables habían tenido lugar, con esa ironía y esa... mala intención de que somos capaces cuando nos ponemos a ello.

Hubiéramos agradecido sinceramente algún intermedio de música española, pero los propagandistas rusos no nos proporcionaban más que unas infernales marchas militares y algún disco gastadísimo con tangos y pasodobles de cuando ya era famoso el anís de "las Cadenas".

Las octavillas, salvoconductos para el pase, boletines de información y demás propaganda escrita nos la tiraban con la aviación, con catapultas y también entregada a mano; no de mano a mano, pero sí dejada en los sitios por donde teníamos que pasar, bien por los "partisanos" o a través de algún escaso "quintacolumnista" civil. Conservo una octavilla que no tiene la menor preocupación ideológica y que constituye una buena muestra del materialismo marxista aplicado a la propaganda de guerra; la transcribo por lo que pueda tener de valor anecdótico; dice así:

"LEE ESTA HOJA Y PASALA A TU COMPAÑERO.—¡CAMARADAS DE LA DIVISION ESPAÑOLA!—Somos antiguos soldados de la División española que nos hemos pasado a los rusos y hemos decidido dirigirnos a vosotros para deciros cómo nos tratan en el Ejército Rojo, cómo vivimos, cuáles son nuestras perspectivas para el futuro. Camaradas, conocer la pura verdad y no creer las burdas mentiras que os cuentan los oficiales falangistas, vendidos a Hítler. ¿SABEIS COMO NOS TRATAN LOS RUSOS? Nos dan cada día 900 gramos de pan

para cada uno, mientras que vosotros sólo recibís 400 gramos. Hacemos tres comidas calientes al día, consistentes de patatas, arroz, carne, verdura, y no esa repugnante papilla de verduras sintéticas que os dan en la División, que casi siempre es pura agua. Aquí comemos hasta hartarnos, mientras que ni en Alemania ni en la División no conseguimos hartarnos ni una sola vez. Tenemos tabaco. Vamos limpios y no llenos de piojos, como vosotros; cada semana frecuentamos el baño, donde nos cambian toda la ropa interior. Vivimos todos juntos en habitaciones limpias y caldeadas, y, trabajando tranquilamente, aguardamos el fin de la guerra para regresar a nuestra querida España a reunirnos de nuevo con nuestros familiares. ¡Camaradas! Sinceramente os aconsejamos seguir nuestro ejemplo. Pensàd bien lo que os puede ocurrir si continuáis en la División. Reíros de los ilusos que sueñan con la toma de Leningrado. Leningrado, como nosotros hemos podido ver, es una fortaleza imposible de tomar. Por todas partes hay fuertes fortificaciones, artillería pesada, "organillos", tanques y millares de soldados con automáticos. El golpe que recibiréis será rápido y fulminante. Han caído las primeras heladas, pronto experimentaréis lo que es el invierno en Leningrado. Recordad lo que nos contaban los veteranos. Tendréis que estar en los puestos con una temperatura de 40 grados bajo cero, con el mísero abrigo alemán confeccionado con fibra de madera, sin ropa interior y con las botas rotas. Se os helará la cara, las manos y los pies. Acordaos de los inválidos que vimos en San Sebastián sin manos y sin piernas, que se helaron el invierno pasado en el frente ruso. ¿POR QUE TENEIS QUE SUFRIR TODO ESTO? Pero vuestra tragedia, que conocemos tan bien como vosotros, no termina aquí. Trabajáis como bestias, no tenéis tiempo ni para mataros los piojos, tenéis que aguantar las palizas y malos tratos de los sargentos. ¿Qué os impide, camaradas, seguir inmediatamente nuestro ejemplo? El peligro que corréis al pasaros es infinitamente menor que el peligro que corréis diariamente en la División. ¡Camaradas, no vaciléis más! Pasaros a los rusos antes de que sea tarde. Salvad vuestro honor y vuestras vidas como lo hicimos nosotros. ¡No permanezcáis ni un minuto más en las filas de los asesinos fascistas! Deseando encontraros pronto en este lado, recibid saludos de vuestros amigos y camaradas."

Al final, y en un recuadro, escrito en ruso y español, decía: "Esta hoja sirve de salvoconducto para pasarse al Ejército Rojo."



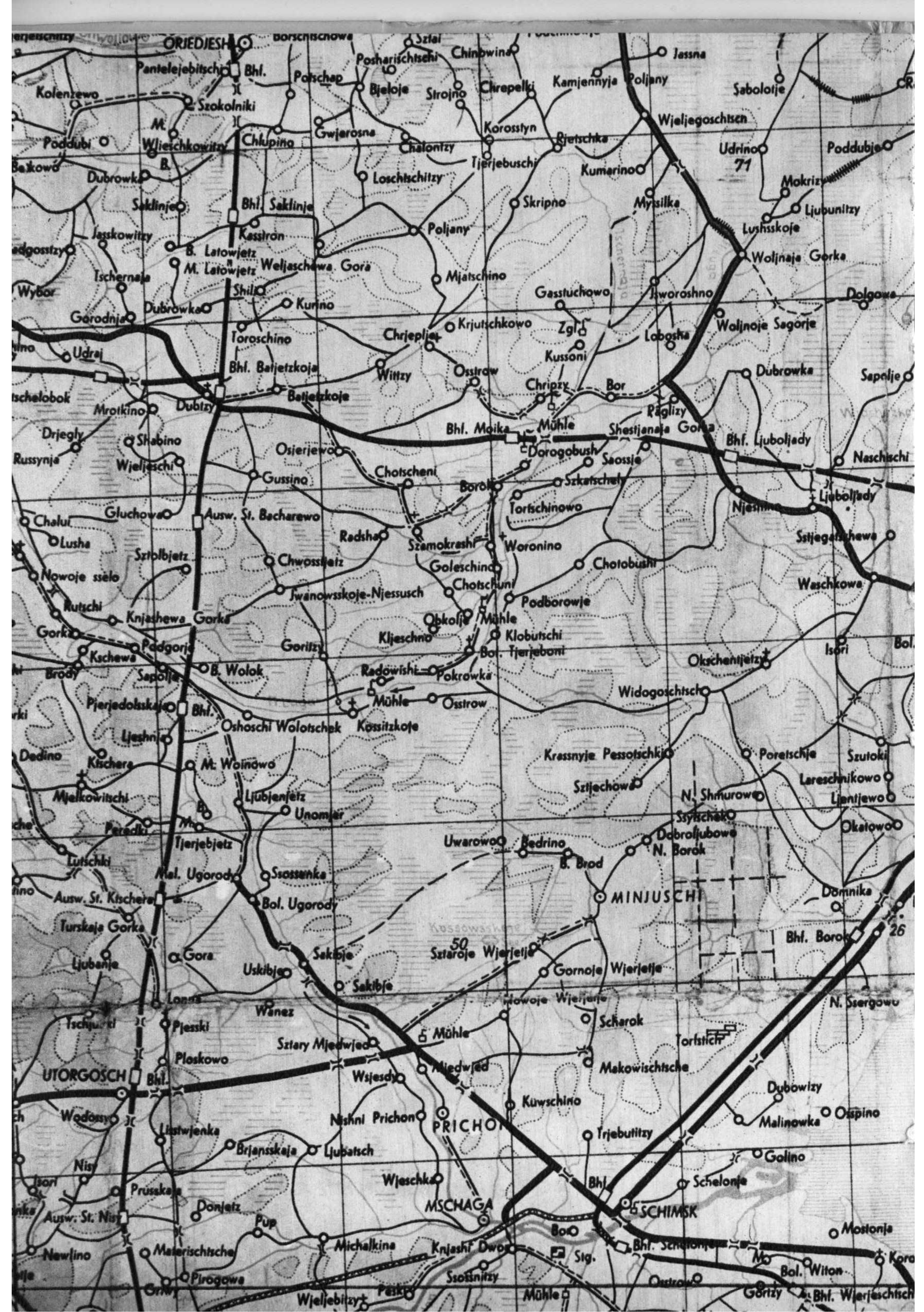
GRAFENWORH



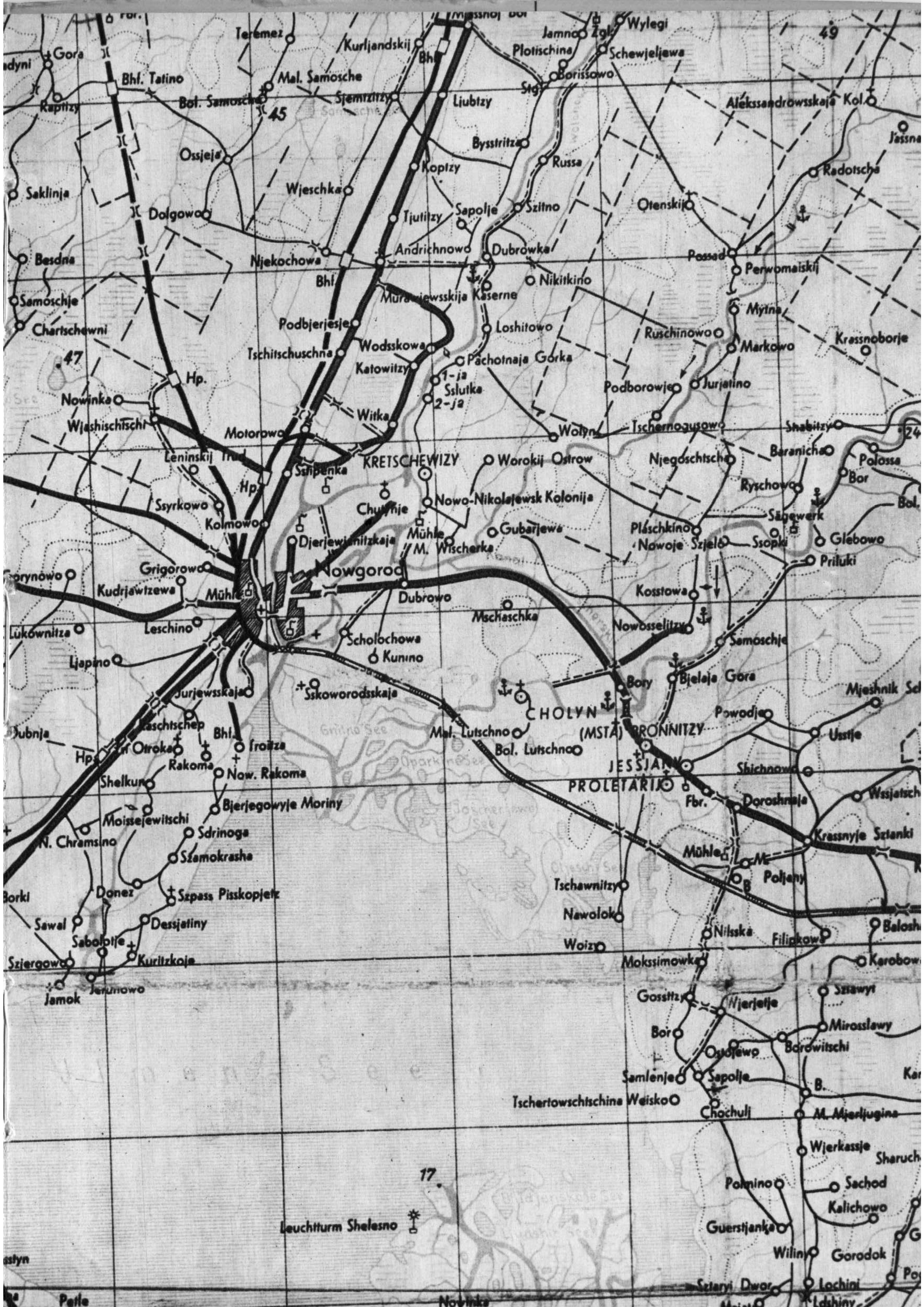
PIEDZANKA



NOWAJA - MJELNITZA



ORJEDJESH
Borschtschowa
Szlai
Chinowina
Posharischtschi
Jassna
Pantelejebitschi
Bhf.
Potschap
Bjeloje
Strojno
Chrepelki
Kamjennyja Poljany
Sabolotje
Kolenzewo
Szokolniki
Wjeljegoschtsch
M.
Gwjerosna
Korosstyn
Rjetschka
Poddubi
Wjieschkowitzy
Chlupino
Chalontzy
Tjerjebuschi
Udrino
Poddubje
Bukowo
B.
71
Kumarino
Dubrowka
Loschtschitzy
Mokrizy
Saklinje
Bhf. Saklinje
Skripno
Mysilka
Ljubunitzy
Kasstron
Poljany
Lushsskoje
Jasskowitzy
B. Latowjetz
M. Latowjetz
Woljnaja Gorka
Weljaschewa Gora
Tschernaja
Mjatschino
Wybor
Shil
Gasstuchowo
Jworoshno
Dolgowa
Dubrowka
Kurino
Gorodnja
Krjutschkowo
Zgl
Woljnoje Sagorje
Toroschino
Chrjeplja
Loboska
Udraj
Kussoni
Bhf. Batjetzkoja
Wittzy
Osstrow
Dubrowka
Sapolje
Chripzy
Bor
Batjetzkoje
Dubtzy
Raglizy
Mrotkino
Bhf. Moika
Mühle
Shestjanaja Gorka
Drjegly
Shabino
Bhf. Ljuboljady
Dorogobush
Saossje
Naschischi
Russynja
Osjerjewo
Wjeljeschi
Chotscheni
Szkatschely
Gussino
Borok
Ljuboljady
Tortschinowo
Njesino
Gluchowo
Ausw. St. Bacharewo
Chalui
Radsha
Szamokrashi
Sstjegelschewa
Woronino
Lusha
Szlolbjetz
Chwossljetz
Chotobushi
Goleschino
Nowoje sselo
Chotschuni
Waschkowa
Jwanowsskoje-Njessusch
Rutschi
Podborowje
Obkolje
Mühle
Knjashewa Gorka
Klobutschi
Gorka
Kljeschno
Goritzy
Bol. Tjerjeboni
Isori
Bol.
Podgorje
Kschewa
Okschentjetz
Brody
B. Wolok
Sapolje
Radowishi
Pokrowka
Widogoschtsch
Pjerjedolsskaja
Bhf.
Mühle
Osstrow
Oshoschi Wolotschek
Kossitzkoje
Ljeshni
Krassnyje Pessotschki
Poretschje
Szutoki
Dedino
Kischera
M. Woinowo
Sztjechowo
Lareschnikowo
Mjelkowitschi
N. Shmurowo
Ljentjewo
Ljubjenjetz
B.
Unomjer
Szyischeko
Peredki
M.
Dobroljubowo
Okatowo
Tjerjebjetz
Uwarowo
Bedrino
N. Borok
Lutschki
B. Brod
Mal. Ugorody
Ssossenka
MINJUSCHI
Ausw. St. Kischera
Bol. Ugorody
Domnika
Turskaja Gorka
50
26
Bhf. Borok
Ljubanje
Gora
Sakibje
Sztaroje Wjerjetje
Gornoje Wjerjetje
Uskibje
Sakibje
Lanna
Nowoje Wjerjetje
N. Ssergowo
Wanez
Pjesski
Scharok
Mühle
Torfstich
Sztary Mjedwjed
Ploskowo
UTORGOSCH
Bhf.
Mjedwjed
Makowischtsche
Wsjesdy
Dubowizy
Kuwschino
Wodossy
Lisstwjenka
Nishni Prichon
PRICHON
Malinowka
Osspino
Trjebutitzy
Brjansskaja
Ljubatsch
Golino
Nisy
Wjeschka
Bhf.
Schelonje
Isori
Prusskaja
MSCHAGA
SCHIMSK
Ausw. St. Nisy
Donjetz
Pup
Bor
Mostonja
Newlino
Materischtsche
Michalkina
Knjashi Dwor
Sig.
Bhf. Schelonje
Kor
Pirogowa
Szossnitzy
Bol. Witon
Ostrow
Peski
Mühle
Gorizy
Bhf. Wjerjeschtsch
Wjeljebitzy



Teremez
Kurljandskij
Bhf.
Jamno
Wylegi
Plotischina
Schewjeljewa
49
Gora
Bhf. Tatino
Mal. Samosche
Borissowo
Stg.
Kaptizy
Bol. Samosche
Sjemtzitzy
Liubtzy
Aleksandrowsskaja
Kol.
45
Jassna
Bysstritza
Ossjeja
Koptzy
Russa
Radotscha
Saklinja
Wjeschka
Dolgowo
Tjutitzy
Sapolje
Szitno
Otenskij
Besdna
Njekochowa
Andrichnowo
Dubrowka
Possad
Perwomaiskij
Bhf.
Nikitkino
Samoschje
Murawjewsskija Kaserne
Mytno
Chartschewni
Podbjerjesje
Loshitowo
Ruschinowo
Krassnoborje
47
Tschitschuschna
Wodsskowa
Markowo
Katowitzy
Pachotnaja Gorka
Hp.
1-ja
Sslutke
2-ja
Podborowje
Jurjatino
Nowinka
Witka
Wjashischtschi
Motorowo
Wolyn
Tschernogusowo
Shabitzy
24
Baranicha
Leninskij Trud
Ssfipenka
KRETSCHEWIZY
Worokij
Ostrow
Njegoschtscha
Polossa
Bor
Hp.
Ryschowo
Ssyrkowo
Chutynje
Nowo-Nikolajewsk Kolonija
Bol.
Sägewerk
Kolmowo
Gubarjewa
Plaschkino
Mühle
M. Wischerka
Djerjewjanitzkaja
Nowoje Szjelo
Ssopki
Glebowo
Grigorowo
Nowgorod
Priluki
Gorynowo
Kudrjawtzewa
Mühle
Dubrowo
Kosstowa
Mschaschka
Lukownitza
Leschino
Nowosselitzy
Scholochowa
Samoschje
Kunino
Ljapino
Bory
Bjelaja Gora
Jurjewsskaja
Sskoworodsskaja
Mjeshnik
CHOLYN
Dubnja
Raschtschep
Powodje
Bhf.
Mal. Lutschno
(MSTA) BRONNITZY
Usstje
Frolitza
Hp.
Otroka
Bol. Lutschno
Gnilno See
Rakoma
JESSJANY
Shichnowo
Nowo. Rakoma
Oparkino See
PROLETARIJ
Fbr.
Doroshnaja
Wssjatsch
Shelkun
Bjerjegowyje Moriny
Moissejewitschi
Sdrinoga
Krassnyje Sztanki
N. Chramsino
Szamokrasha
Mühle
Poljany
B
Tschawnitzy
Borki
Donez
Szpass Pisskopjetz
Nawolok
Sawal
Dessjatiny
Nilsska
Filipkowo
Balosh
Sabolotje
Woizy
Kurltzkoje
Mokssimowka
Korobow
Szjergowo
Jerunowo
Jamok
Gossttzy
Wjerjetje
Sztawyi
Mirosslawy
Bor
Ossjewo
Borowitschi
Samlenje
Sapolje
B.
Tschertowschtschina Weisko
Chochulj
M. Mjerljugino
Wjerkassje
Sharuch
17
Polmino
Sachod
Kalichowo
Leuchtturm Shelesno
Guerstjanka
Wilini
Gorodok
Sztaryi Dwor
Lochini
Petle
Nowinka
Majti
Lpshiny



SITNO



DEL DIARIO DE POSSAD



AREFINO

UDARNIK

Nunca soldados españoles habían llevado tan al este de Europa las banderas de la Patria. Quedaban muchos meridianos a la izquierda, las islas de Dinamarca, donde el marqués de la Romana había situado a sus hombres, fugazmente implicados en la gran aventura napoleónica.

Udarnik era el último pueblo que ocupábamos, bajando el Wolchow, hasta Leningrado. Cuando la gran retirada nos tocó a unos cuantos quedarnos en la orilla izquierda del río, con la misión de aguantar la embestida soviética, hasta tanto se estructurase el sistema de contención, a caballo de la carretera Tsarkoié Tselo-Staraja Russa. En los defensores de Udarnik, Witriza y la posición intermedia estaba el resolver la difícil papeleta, ya que sobre ellos convergían, naturalmente, los rusos, que, borrachos de victoria y de moral por la ocupación de Possad y Otensky, era de suponer no se detuvieran ante el río, que a finales de diciembre no era un obstáculo, sino un magnífico camino de hielo donde podrían transitar sin recelo alguno hasta los tanques "Stalin", de cuarenta y dos toneladas.

El congelado Wolchow, sin ningún incidente en su llanura, era fácilmente vigilable, y esperábamos se convirtiese en un privilegiado y original campo de batalla. Los rusos tenían la golosina de Nowgorod casi al alcance de su mano, si lograban rebasar y aislar, pasando el río, la vieja ciudad que un día asolara el terrible Iván de la historia y la leyenda.

Se prepararon despacio. El día 10 de diciembre ya nos hostilizaban desde la otra orilla, pero hasta el 27 no empezaron el ataque.

La tensión amenazante no impidió que celebrásemos la Nochebuena lo mejor que pudimos; pacientemente habíamos ido reservando las botellas hasta lograr una heterogénea bodega; los caldos, al helarse, habían roto el vidrio que conservaba la forma del envase; teníamos vino del Rhin, manzanilla de Jerez, champaña "de la viuda", y el inevitable "vodka" falsificado de Riga. Recién salidos del Monasterio, no nos estorbaban la juerga los cañonazos o las ráfagas que oíamos desde las chabolas y trincheras. La aviación nos molestó poco aquellos días, y las bajas eran casi todas de mortero o de emboscadas, ya que los rusos, en pequeñas patrullas, se infiltraban de vez en cuando.

El día 27 se organizó el jaleo en serio. Empezó a la manera clásica, al anochecer, con la consabida preparación artillera y la casi simultánea acometida en masa. No nos cogió desprevenidos, pero la abrumadora forma en que el enemigo despreciaba sus muertos, lanzando sobre ellos nuevas oleadas, nos hizo ir replegando hasta las mismas casas de la aldea, y más tarde quedamos—los que quedábamos—en-

cerrados en la que un día fuera iglesia. Entre el follón de la lucha oíamos perfectamente las voces de "¡Hurrah, hurrah, spanski kaput!" con que los rusos se enardecían.

Metro a metro nos fueron arrinconando, De los dos antitanques con que contábamos, uno se estropeó al hacer unos cuantos disparos, mientras que nuestra pieza, que había empezado tirando frente al río, estaba, al amanecer del 28, disparando en dirección opuesta, emplazada en la misma puerta de la iglesia. Nos habían cercado completamente. Mientras, absolutamente toda la guarnición de la posición intermedia habían muerto defendiéndola, pero ante ella el hielo negreaba de centenares de cadáveres rusos.

Teóricamente, ya no había salvación. Seguían las oleadas, renovadas siempre y sin abrirse ni esparcirse, en masa compacta y ululante... Se trataba ya de morir en la mejor forma posible.

Con diez o doce de Infantería—entre ellos estaba, más grande que nunca, el pequeño y valeroso Gaceo—y nuestro antitanque, hicimos una salida a la desesperada. La pieza, completamente descalibrada, disparaba a cero y a ojo, continuamente, granadas rompedoras: los de Infantería saltaban a nuestro lado como demonios, lanzando bombas de mano y disparando fusiles ametralladores. Nuestra primera "victoria" fué tomar la casa que estaba frente a la iglesia, a unos doscientos metros, desde donde más nos hostigaban: por cierto que, mientras metíamos un antitancazo por la ventana, salían por la de al lado gritando "¡Arriba España!", como energúmenos, dos camaradas que los rusos habían cogido allí prisioneros.

Aprovechando el desconcierto que nuestra descabellada salida había causado, en la iglesia no quedaban más que los heridos, y los supervivientes, individualmente, se habían lanzado al ataque desparramándose en todas direcciones. Empezaba a clarear y, en muy poco tiempo, los rusos desaparecieron, replegándose al otro lado del río. Al terminar el combate las líneas quedaron exactamente igual que el día anterior.

No perdimos la posición, pero sí perdimos, para siempre, a Vicente Gaceo del Pino, el predilecto de José Antonio, que, gravemente herido al iniciar la salida, nos hacía señas de que no nos preocupásemos y siguiéramos adelante. En Udarnik lloraba Antonio Lamamié de Clairac sobre los dieciséis años muertos de su hermano Juan. A los defensores de la posición intermedia tuvimos que sacar, para enterrarlos, los picos que los rusos, ensañándose ferozmente, habían incrustado en sus cuerpos. Mariano Ferrer perdía los dedos de ambas manos, y aún podía dar gracias de no haber perdido más. Voluntario para enlazar con la posición intermedia, llegó despistado hasta los rusos que la habían tomado, a los que incluso habló; todavía no se distinguían bien los cuerpos. Al

darse cuenta de lo que pasaba tuvo la serenidad suficiente para dejar caer, más que tirar, una bomba en el mismo corro que los rusos formaban con él. Intentó volver a nuestras líneas, pero le ancanzaron dos disparos casi a bocajarro, y quedó en la estrecha tierra de nadie. Tuvimos que tirar por encima de él mientras venía arrastrándose, ensangrentando la nieve; aún le quedaron ánimos para ir haciendo cortina con las bombas. Los rusos no dejaban de disparar; por fin pudo llegar a nosotros sin más que otro balazo, pero ya traía helados todos los dedos, que después hubo que cortarle.

La alegría del triunfo se empañaba con el triste recuento de los camaradas caídos. Pero todo lo perdido quedaba compensado al día siguiente, mientras escuchábamos, rígidamente firmes, la lectura del parte de nuestro Cuartel general, impregnado del mejor acento de las épocas de oro; decía así:

"Soldados: Los combates iniciados el 24-XII por el enemigo en el Wolchow—cuyo paso trató de forzar—han culminado ayer, 27, con su esfuerzo máximo, pretendiendo, con fuerzas enormemente superiores a las nuestras, romper nuestras línas.

"La sencilla heroicidad de nuestros soldados y la habilidad y resolución de todos los mandos, sin excepción, han permitido infligirle una tremenda derrota, de la que muy legítimamente podéis estar orgullosos.

"Yo estoy plenamente satisfecho de vosotros y, al participároslo, quiero ofrendar máximo tributo de gratitud a aquellos valientes de la posición intermedia que, rindiendo culto al honor militar, cumplieron la orden recibida: "No es posible retroceder, tenéis que estar ahí como clavados".

"Y, efectivamente, cuando nuestras tropas, en brioso contraataque, recuperan la posición, tan valientemente defendida por unos héroes, todos están allí muertos; ni uno solo retrocedió, y para rubricar tan gloriosa hazaña la barbarie rusa, el poco tiempo que dominó la posición, lo empleó en clavar con picos nuestros cadáveres en el suelo. La orden había sido cumplida: Allí estaban los nuestros clavados.

"Por una vez la bestialidad roja ha servido para sublimar la gesta de nuestros soldados.

"¡Qué orgullo ser español!—*Vuestro general.*"

NOWGOROD, 1941

Al invierno erizado de balas y de hielo
lo derrotó la gracia meridional de España.
Y en Nowgorod, que tuvo para nuestros andares
resonancias de vieja ciudad compostelana

—con sus viejas ermitas y sus cien monasterios,
con la altivez ingenua, feudal, de sus murallas,
con mujerucas tristes, líos de ropa negra—,
no pudo el enemigo depositar su baba.
El Kremlin devastado, con las almenas ciegas,
unos ojos oblicuos de cerca avizoraban.
Desolación enorme, de pájaros sin nido,
de suelo sin relieve, de árboles sin ramas,
de enfermo que en la *isba* perdida en la llanura
mira caer la nieve pegado a la ventana.
Un coro de *panienkas,* la mirada bovina,
ante la cacerola que hierve con patatas.
El Wolchow se adivina y se adivina el Ilmen,
bajo el agua de mármol se intuye el agua blanda.
Una tromba de cuervos decorativos, negros,
su vértice clavado en la roja piltrafa.
Sordo rumor de tanques y juego al escondite
de las balas dejando los abetos sin cáscara.
Y siempre bien tupidos, armados y abrigados,
desalmados soldados de Infantería bárbara,
camuflados de nieve entre la nieve misma,
con ancestrales hurras de historias olvidadas,
atacando en rodillo telúrico, masivo,
posiciones azules, posiciones Alcázar.
Nombres de viejos tercios sobre la estepa rusa,
regimientos de Vierna, de Pimentel y Esparza.
Todo el frente ha doblado, de Leningrado a Odessa,
menos Nowgorod; es una ciudad hispana.
Cara al sol que se sabe existe en algún sitio,
como en los buenos tiempos de la guerra lejana
unos hombres pequeños, morenos, implacables,
sostenidos por algo que no se estudia en táctica
—el Dios de las batallas, Santiago y San Jorge
viendo con simpatía su intención encarnada—,
angulosos, hambrientos, desharrapados, sucios,
logran la inexplicable y rígida muralla.
Respetaba el acero la página de Historia
que no se escribió nunca porque faltan palabras.
Al invierno erizado de balas y de nieve
lo derrotó la gracia meridional de España.

LAGO ILMEN

En las orillas del Ilmen, más concretamente en su sector occidental, estuvieron destacadas unas cuantas compañías de la División Azul hasta la gran retirada, bien entrado ya el verano de 1942. Pero la hazaña del lago, que ha quedado como representativa de la actuación de los voluntarios españoles en aquellas "tierras", fué un episodio excepcional dentro de la misión de cobertura que se les había encomendado. Se trataba nada menos que de atravesar el Ilmen de parte a parte para liberar un pequeño destacamento de alemanes que en Wswad, en la orilla opuesta, junto al nacimiento del río Lowat, estaba resistiendo heroicamente el cerco de varios millares de esquiadores siberianos.

La batalla del invierno 41-42 —hoy ya lo sabe todo el mundo—, fué una enorme tragedia para las fuerzas que luchaban contra el ejército comunista, pero esta tragedia adquirió caracteres de una especial intensidad en el frente norte, donde el clima, siempre extremado, cobró tal dureza que los rusos de por allí no recordaban invierno semejante. Sin posibilidades maniobreras y con el coloso soviético encima, el ejército alemán hubo de distenderse exageradamente para mantener una línea de hombres que hiciese frente a las continuas infiltraciones que en cualquier parte podían producirse, preludio, cuando tenían éxito, de terribles ataques en masa. Esta misión le cupo también a los divisionarios desde un frente que iba desde Laptewitch-Borki-Sergewo, donde el Weronda desembocaba en el lago, hasta muy cerca de Tchudowo, en la línea del ferrocarril Leningrado-Moscú.

Para formar la compañía de esquiadores que debía realizar la liberación de Wswad se echó mano de gente de varias unidades; el grueso de ella estaba integrada por la tercera compañía divisionaria de Antitanques. No había más remedio que atravesar el lago si se quería realizar una acción pronta, eficaz y de sorpresa, ya que, en otro caso, las fuerzas habrían de dar un gran rodeo, pasando por Schimsk y Staraja Russa para, finalmente, atacar por tierra, donde el enemigo tenía mejor defensa.

Ni que decir tiene que el lago estaba completamente helado el 10 de enero de 1942, en que salió de Spasspiskolez la compañía de esquiadores, con 205 hombres al mando del capitán Ordás. Llevaban nueve fusiles ametralladores, armamento ligero y víveres y municiones para tres días. Temperatura, 32 grados bajo cero, que llegaron en días sucesivos hasta los 53.

La travesía no pudo realizarse en línea recta porque las aguas, al congelarse, formaban barreras de hasta dos metros de altura y grietas que hacían difícil el paso de los hombres y los trineos que llevaban la

impedimenta. Había que desviarse hasta encontrar un paso practicable, y esto hizo el camino tres veces más largo.

Para contar "lo del lago" no hacen falta grandes dotes de narrador ni el recurrir a deslumbrantes imágenes; pero, por más sencillez que se utilice—yo la procuro—, el episodio es tan impresionante que muy bien puede quedar como ejemplo de antología entre las hazañas bélicas de todos los tiempos.

Cuando aún era corta la distancia que separaba de la orilla a los expedicionarios hubo posibilidad de reintegrar al punto de partida a los camaradas congelados; pero, pasadas las primeras grietas, se hizo imposible la evacuación y los que sufrieron aquel percance tuvieron que seguir hacia la orilla opuesta, dificultando aún más, si cabe, la marcha con los cuidados de que había que hacerles objeto para que la congelación no se extendiese y para arrastrar los trineos o ayudar a andar a los que aún se tenían de pie; el día 11, en que la compañía llegó al pueblecito de Ustrika, tenía 102 congelados, de ellos 18 gravísimos.

Al día siguiente los esquiadores españoles ocupaban Sadnejo, prosiguiendo el camino hacia Wswad, donde la guarnición alemana seguía resistiendo. El día 13 los que quedaban de la compañía de esquiadores fueron reforzados por unos cuantos letones y alemanes.

El día 15 el jefe del sector comunicó al de la unidad divisionaria que el mando, en vista de la dificultad de la operación y del oneroso tributo humano que representaba. había decidido renunciar al intento de la liberación de Wswad, a cuyos defensores se había cursado orden de que tratasen de romper el cerco por sus propios medios. Entonces el capitán Ordás insistió cerca del mando alemán; los españoles se prestaban voluntariamente para aquella operación y no se resignaban a la inactividad; se les había asignado una misión que no estaba consumada y querían llevarla a cabo o, al menos, hacer cuanto humanamente fuese posible para ello. A las 5,45 el capitán español daba cuenta a nuestro general de lo que pasaba, terminando su radio así: "Apoyándome en buena situación de mis fuerzas y elevadísima moral, rogué se me concediera honor de ayudar a Wswad. Consultado general aleman aceptó", al que contestaba Muñoz Grande: "Confío en vuestra pericia, en vuestro valor y en Dios". Tres días antes ya había dicho: "Hay que liberarlos cueste lo que cueste, aunque queden todos los nuestros sobre el hielo, no importa; con los que te queden, con muy pocos, tú solo si es preciso, seguid adelante hasta morir; todo por el heroísmo de los de Wswad; o se les salva o hay que morir con ellos. En nombre de la Patria gracias y no desfalleced. Confío en vosotros".

El día 17 se inició el avance de los españoles, apoyados por cuarenta letones, ocupando varios pueblos y sufriendo duros contraataques de los rusos, que, con efectivos de dos batallones, antitanques y carros

semipesados, causan gran número de bajas en la ya diezmada compañía, que sigue resistiendo y avanzando. El día 19 Ordás envía este parte a nuestro general: "A las siete horas hoy enemigo entró en grandes masas en Mal Utschino, asaltando la guarnición compuesta de 23 españoles y 19 alemanes. El ataque fué apoyado por seis tanques. Desplegó resto compañía recogió cinco heridos españoles y dos alemanes. La enorme superioridad enemiga y apoyo de tanques nos impiden reconquistar posición. La guarnición no ha capitulado; ha muerto con las armas en la mano. Vemos gran concentración enemiga. Esperamos ataque. Sabremos morir como españoles. ¡Arriba España! ¡Viva Franco!" El general contestó: "Como habláis vosotros sólo hablan los héroes. Así y sólo así se hace un imperio. Animo. Vuestra conducta es el orgullo de la División. Pese a todo venceréis. Hay Dios y él os dará la victoria porque sois los hijos más valientes de España. Un abrazo que no será el último, os lo aseguro".

Aquella noche la aviación rusa dió varias pasadas a placer, bombardeando las posiciones que ocupaban los divisionarios. Y en el crepúsculo del siguiente día los siberianos iniciaron el asalto que creían definitivo para aniquilar la guarnición española, que se defendió en tal forma que los atacantes volvieron al punto de partida. En el fragor de la lucha salieron varios voluntarios para destruir los tanques, que a corta distancia disparaban ante la impotencia de los nuestros, sin antitanques ni armas pesadas, utilizando procedimientos "acreditados" en nuestra guerra: bomba de mano y gasolina.

Al amanecer del día 21 los supervivientes de la guarnición de Wswad se abrazaban con los supervivientes de la compañía española de esquiadores a siete kilómetros al este de Ushin; juntos habían de atacar todavía para restablecer la línea del frente, que, fracasado el intento de infiltración comunista, resistió sin novedad el resto del invierno.

El día 25, de los 206 hombres de la compañía de esquiadores quedaban sólo 12 camaradas combatientes, su capitán incluído. Pero la guarnición alemana de Wswad había sido liberada.

Cuando aún no había terminado la epopeya, el día 21 de enero, el general en jefe del Cuerpo de ejército alemán donde los voluntarios españoles habían estado encuadrados dirigió a nuestro general la siguiente comunicación:

"Señor general: En el día de su cumpleaños le expreso mis mejores y más sinceras felicitaciones y le deseo obtenga nuevos triunfos, al frente de su soberbia División, en nuestra lucha común. Aprovecho la oportunidad para expresarle también mi especial reconocimiento hacia los bravos componentes de su División que, para liberar la posición de Wswad, avanzaron sobre el lago Ilmen y luego, unidos con fiel espíritu de camaradería con las tropas de la División..., realizaron, tanto en la

defensiva como en el ataque, gestas excepcionales. Esta empresa, de una auténtica camaradería, encuentra en todo el ejército las mayores alabanzas y justifica sienta usted y toda su división la máxima satisfacción. Deseándole a usted, mi general, y a su brava División mucha suerte y nuevas victorias, queda de usted..."

Y nuestro general, todavía sin relevar los doce supervivientes de la compañía de esquiadores, enviaba a su capitán este mensaje:

"Sobre las heladas aguas del lago, y gracias a la bravura y espíritu de sacrificio con que lo atravesasteis por liberar a los héroes de Wswad, ha rugido el león español.

"En nombre del Caudillo os concedo, a ti, capitán Ordás, la Medalla militar, y a todos los valientes que te acompañaron la Medalla militar colectiva."

A ORILLAS DEL ISORA

El cuerpo del partisano ahorcado se balanceaba bajo el balcón de madera de una casa de Annilovo; habían servido de cuerda dos cinturones de la Wehrmacht, en cuyas hebillas se leía *Gott mit uns;* al pasar los voluntarios de la quinta compañía frente al macabro espectáculo cesaban en sus bromas joviales, mientras centelleaban sus miradas fijándolas en el brigada alemán—que auxiliado por dos prisioneros rusos había ejecutado la feroz represalia—, buscando una explicación que mitigase en algo la impresión desagradable.

Aquella mañana del 10 de febrero amaneció para la quinta compañía con la orden de avanzar hacia lo desconocido. Sólo una noticia; los rusos han roto el frente.

Luego, el avanzar penoso por la nieve, pálida todavía la luz de la alborada norteña; hacía frío y los primeros tiros sonaban como si fuesen de un arma de juguete.

Un escotillón en la nieve y un descanso. Pan con mantequilla; mortadela; espinacas en conserva, frías. La mitad del agua de las cantimploras. Inmediatamente, el avance prosigue. No se ve al enemigo, aunque se le sabe inmóvil en la nieve, camuflado en blanco, tendido.

El capitán ocupa el vértice anterior de aquel triángulo que avanza, erizado de fusiles, todo ansia, todo ojos... Nadie al flanco derecho. Nadie al flanco izquierdo. Detrás, ya muy detrás, Annilovo. Como referencia intermedia, un avión derribado donde quedaban los heridos y los muertos de la compañía. Otro avión—¿amigo, enemigo?—pasa sobre la indiferencia de los españoles, que continúan andando...

El objetivo—vago—es enlazar con las fuerzas que aún resisten entre Krasny Bor y el Isora. Se van encontrando cadáveres de españo-

les, cadáveres de rusos. En los bolsillos de éstos hay tabaco español, botín de las fuerzas que aplastaron la línea.

Otro escotillón en la nieve. Esta vez está ocupado por patrullas enemigas, que hacen fuego próximo y eficaz. El capitán apenas si necesita dar una orden. Casi sin gritos, casi sin tiros, el escotillón cae. Con unos cuantos morterazos sobre él acusa el enemigo su pérdida.

Desde allí ya no se puede avanzar erguido. Arrastrándose tampoco. El sargento Medina queda con su pelotón, todos muertos, a cuarenta metros del capitán. Este se quita las gafas para enjugarse los ojos, mientras los oficiales le miran interrogantes. El sabe por qué: al flanco derecho, nadie; al flanco izquierdo, nadie.Al frente, los rusos. A retaguardia... ¿quién sabe ya lo que hay a retaguardia?

El capitán piensa y mira, mira y piensa. A la izquierda, a unos 500 metros, hay una especie de barranco. ¿Será el Isora? En sus inmediaciones se combate, anque poco. Ya está; hay que llegar allí.

De pronto, las ametralladoras del enemigo y los morteros empezaron a regar las pocas hectáreas del despliegue de la quinta compañía. Por detrás del barranco asomaron su hocico dos carros de combate. Sin moverse tiraban con rapidez sobre las zanjas de los españoles. El capitán dió una orden. "¡Esperad para tirar a que se acerque la infantería!"

Los heridos no se quejaban. El que de ellos podía se ocupaba de los demás. Con cada tres muertos se hacían unos singulares parapetos poniendo dos a lo largo del tirador y uno atravesado al frente. Resultaban muy eficaces, sobre todo para detener la metralla de los morterazos que hacían zumbar el aire constantemente.

Sobrevino la crisis del combate. Los rusos avanzaban compactos, lentos, indiferentes... Eran, sobre la albura del terreno, con sus camuflajes blancos, como una nevada horizontal de grandes copos. Constantes, inexorables. Era un combate con pocas voces. De cuando en cuando un hurra o una maldición española. El capitán lo observaba todo; sólo las gafas sobresalían del montoncito de nieve. Todo iba bien. Las ametralladoras cantaban. Una saltó hecha pedazos, pero de aquel rincón seguían saliendo tiros; era bastante. En otro lugar un grupo de siluetas se acometían. Se acordó de la frase de Suborof: "La bala es tonta; la bayoneta es sabia."

Con cuidado, con destreza española, lió el capitán un cigarrillo. Lo encendió y lanzó una bocanada, satisfecho. En aquel momento cayó a su lado sobre la zanja, muerto, un asaltante enemigo. Tenía en el cuerpo medio cargador de la pistola ametralladora que vibraba en manos del teniente Miranda, situado a seis metros del capitán.

En aquel momento el combate cambió de signo. El enemigo desistía.

4

Entre el entusiasmo nervioso sólo el capitán, tranquilo, pensaba en el precio de su victoria, en la segura brevedad de su vigencia.

* * *

Tres horas hacía que los ciento cuarenta voluntarios salieron de Annilovo. Media hora que el asalto ruso al trincherón fuera rechazado. El capitán recontó sus fuerzas. Quedaban: el teniente Miranda, herido en una pierna; cincuenta y dos voluntarios indemnes y once heridos útiles. En el reajuste del despliegue la posición había quedado perfecta. Llegó un enlace del Isora. Pedían ayuda. Eran treinta hombres al mando de un sargento herido. El capitán pudo mandarles una caja de munición y para el sargento un termo de café con leche que apareció en el macuto del teniente Solana, ensartado en las postrimerías del combate por la bayoneta de un gigantesco mogol.

A la derecha de la posición apareció un campo de minas propio. Con algunas de ellas, los españoles organizaron rápidamente ingeniosos dispositivos contra los carros. Nuevas zanjas se descubrieron en la nieve. La seguridad de la posición era mayor, a pesar de contar sólo con dos tercios de los hombres que llegaron a ella. Todo iría bien si hubiese enlace con la retaguardia. Pero, por aquí, nada... Cada vez que en esta dirección mandaba el capitán un enlace se acordaba de los pájaros emisarios del arca de Noé. Uno volvió con la terrible noticia recogida de un fugitivo. Los rusos habían ocupado Sansonoska; era uno de los pocos hitos conocidos; quedaba al oeste del avión derribado. ¡Y Annilovo! ¿Sería verdad? Tiros y cañoneo se oía, sí, por aquella parte, pero... El capitán no conseguía creerlo. Su fría lógica le hacía pensar que, de ser verdad aquello, el enemigo no le hubiese atacado de frente. O ¿quién sabe? Tal vez se trataba de acciones distintas sin que una de ellas hubiese repercutido todavía sobre la otra...

Con las zamarras guateadas de los muertos rusos, los palos de camilla y cajas vacías, Santemo—su ordenanza—y los de la Plana le habían acondicionado una pequeña chabola en una grieta del trincherón. Ahora ya sabía el capitán que éste era un foso anticarro abandonado y medio cubierto por la nieve. Estaba combinado con el campo de minas de la derecha. Eran organizaciones viejas, de tiempos anteriores a los españoles. De los tiempos en que aquello era el auténtico cerco de Leningrado. Después—entonces—se convirtió en la más heroica mascarada de toda la guerra del Este. El terrible cerco de la capital báltica era un cordón de centinelas de escasa densidad en torno a fuerzas abrumadoramente superiores. Toda su historia consistía en valerosas defensas del asediante frente a los macizos golpes del asediado.

El capitán y Miranda se metieron en la chabola. Bebieron nieve.

Comieron pan y chocolate. Hablaron, ¿qué estaría pasando en Krasny Bor, en el Bosque Rojo? Allí estaba, a la derecha, denso, saturado de rumor sordo y vibrante entre los cañonazos que caían sobre él. Dos incendios enormes hacia su centro y multitud de fogatas en diversos puntos. ¿De quién sería el bosque? El capitán había querido saberlo, pero ello le había costado dos bajas sobre el campo de minas rasado por el fuego enemigo. Desistió.

Salieron; un ruso estaba allí, a la puerta de la chabola. Tenía las manos en alto y decía de cuando en cuando: *"Stik na siemlia"* ("Bayoneta a tierra"). *Ferrol*—rostro vivo, duro, ajado, de viciosillo de ciudad—le encañonaza los riñones con un subfusil de tambor, botín reciente. Entre los voluntarios que estaban próximos a la chabola se destacaron Letamendi, el cocinero; *Madriles,* enlace, y los cinco jabatos supervivientes del pelotón de asalto, con Macrino, su jefe, un sargento de dieciocho años, sereno y audaz como pocos. Se destacó una tempestad de gritos, insultos, amenazas. "¡Quietos! ¡Silencio!", rugió el capitán, que fué obedecido en el acto. Pero en la inmovilidad silenciosa y expectante la tempestad se adensó; se concretó en los ojos, en los rictus de las caras. El odio, la ira, la venganza, el rencor, el coraje... Allí delante tenían al enemigo inmisericorde; allí, personificado en aquel ruso pálido y gigantesco, mascullando entrecortadamente su letanía: *Stik na siemlia, Stik na siemlia...;* alguien montó su pistola. "¿Acabo con él aquí, mi capitán?" El capitán preguntó a *Madriles* cómo le había cogido.

—Se despistó, mi capitán. Medio se arrastró hasta aquí creyendo que éramos rusos. Cuando se dió cuenta quiso tirar, pero ya estaba yo encima. Iba a cascarle, pero Santemo me dijo que se lo trajese a usted, para que nos diga dónde están los nuestros.

—¿Y Santemo?

—De requisa, me parece.

—Aquí, mi capitán—se oyó una voz extraña. Por el recodo de la zanja llegó Santemo. Cayó de rodillas, luego se desplomó de bruces; Letamendi se inclinó a su lado y le reincorporó. El capitán le desgarró rápidamente la ropa. Tenía el pecho cubierto de sangre que borboteaba de un pequeño agujero. Sus facciones se dilataron en una horrible mueca. Era su última boqueada.

El ambiente se espesó. Todos los ojos se clavaron en el capitán. El ruso comprendió que iba a morir, e hizo la señal de la cruz; ello bastó para que la tensión bajase muchos grados. Conservó la vida a pesar de que en el dramático diálogo que tuvo con el capitán, solos los dos dentro de la chabola, se obstinó estoicamente en no decir nada. *Ya ñe gabariu* ("Yo no hablo").

* * *

Al día siguiente el resto de la quinta compañía enlazó con los del Isora, que eran del Grupo de Exploración. A la noche fué el asalto a Staraya Nisa, aldeúcha que se trataba de conquistar como pivote del frente que permanecía entre ella y lo que aún resistía en Krasny Bor, para desencadenar desde allí el contraataque.

En el asalto a Staraya Nisa sucumbieron—muertos, heridos, prisioneros—los supervivientes de la quinta compañía, su capitán entre ellos.

KRASNY BOR

El día 10 de diciembre de 1943 iniciaron los rusos la mayor preparación artillera que la División había conocido sobre el sector que los españoles defendían en el cerco de Leningrado. Utilizaban cañones de todos los calibres, desde los de costa de los barcos aprisionados en el hielo de la bahía de Kronstadt hasta las piezas ligeras y de acompañamiento. Morteros, muchos morteros, que los rusos empleaban admirablemente en forma masiva. ¡Qué bonitas eran las granadas de mortero, exactamente dispuestas en sus empaques como peonzas multicolores con su colita de juguete! Llovían sobre los divisionarios constantemente con susurro de paloma, en un murmullo tenaz y blando que llenaba el aire lechoso del amanecer septentrional. ¡Qué mortífera y obsesionante lluvia! Empavorecía a los pusilánimes mucho más que los rosetones de nieve revuelta con humo, metralla y olor de pólvira que abrían los cañonazos en todas las trincheras españolas.

Y así, horas, horas y horas. El estruendo era de tal potencia que provocaba el miedo físico. Las llamadas telefónicas y los radios se sucedían. El general, el comandante, el teniente coronel...; pero, contra lo que podía suponerse, la sensación era casi de alivio; por fin descansaban los nervios; en los *bunkers,* en los puestos de mando, en los ojos de los centinelas, cuyo avizorar era roto de cuando en cuando por la sangre, la alarma angustiosa había terminado. El ataque esperado hacía varias semanas había llegado por fin. Esa espera del ataque es para el soldado español, acometedor nato, lo más insufrible de la guerra.

Lo que sucedió en aquel día y los siguientes pasará a la Historia con el nombre de batalla de Krasny Bor—Bosque Rojo—, más rojo que nunca las noches en que los incendios lo iluminaron haciendo fácil el tiro al blanco de los combatientes, que saltaban como demonios en aquel infierno de verbena.

Los rusos, en la más formidable concentración de material y de hombres que habían desplegado hasta entonces, en una proporción abrumadora sobre los que guarnecían el sector atacado, rompieron el

frente, infiltrándose con millares de hombres por los muchos lugares donde había solución de continuidad en el débil cordón defensivo, para volverse y atacar a los núcleos aislados en todas direcciones; pero el tributo humano que hubieron de satisfacer fué extremadamente oneroso, sin que al final pudiesen llevar a cabo su objetivo de romper el cerco, ya que la duración inesperada de la resistencia de los divisionarios permitió que acudiesen refuerzos estratégicos a suturar la línea, que quedó prácticamente como antes. Muchos divisionarios en dirección a retaguardia, definitivamente relevados hacia España, volvieron voluntariamente al combate y allí quedaron para siempre.

La rotura del frente por los rusos provocó situaciones que pudieran considerarse cómicas si no estuviesen implicadas en la gran tragedia de las bajas que hubo. Pequeños destacamentos españoles o simples grupos de divisionarios—a veces individuos aislados—permanecieron mezclados con los rusos durante el combate y lograron evadirse en medio de un fenomenal despiste por parte de todos. Las anécdotas no terminarían nunca. Un capitán herido en la cabeza, acompañado por su asistente, atravesó el terreno plagado de rusos en una *troika* conducida por prisioneros rusos también. Los dos españoles no llevaban más armas que la pistola del capitán y el fusil del asistente; y llegaron a las líneas de nuestra retaguardia sin más contratiempo que el susto constante. Las "payenkas" derrocharon astucia y heroísmo, salvando españoles y sorteando con verdadera destreza los riesgos de la efímera reconquista que sus compatriotas hicieron de varios poblados. Muchos divisionarios deben la vida a la oportuna intervención de las *payenkas* y al auxilio o complicidad de los paisanos en cuya casa estaban alojados.

Lo desmesurado del ataque y la impotencia material de soportarlo dió lugar a que se suscitasen actos de rabioso heroísmo ante la masa de hombres y máquinas que aplastaba implacable a todo lo que se le ponía por delante. Un sargento, encorajinado por la actitud de un tanque de 52 toneladas, que pulverizaba materialmente las posiciones de su pelotón sin temor alguno a los disparos de antitanque, que resbalaban por su blindaje, sorteando las balas se encaramó al monstruo, haciendo estallar una mina de tierra en la torreta y pereciendo al mismo tiempo que aquél y sus ocupantes saltaban en pedazos.

Eran los tiempos en que la propaganda alemana había puesto en circulación el tema del arma secreta; dos capitanes españoles, que observaban la eficacia combativa de sus pocos soldados luchando a la bayoneta o distribuyendo con precisión granadas de piña, decían que no había mejor arma que "el nuevo ibérico".

Al recuperarse una posición dos días después del ataque inicial, un oficial aparecía rodeado de muertos, indemne, sentado en una piedra

y fumando tranquilamente. Otro ganó allí una Medalla Militar, que por milagro pudo ponerse sobre el uniforme; arrollada su posición, tuvo la serenidad de hacerse el muerto y los rusos le "remataron" de un bayonetazo. Pero consiguió arrastrarse hasta las líneas propias.

Era natural que los rusos hicieran lo posible y lo imposible por que la golosina de Leningrado no cayese en poder del enemigo. En aquel sector se enfrentó la División con lo más selecto de las tropas rojas de choque, entre las que, ciertamente, no desmerecían por su valor unas docenas de comunistas españoles que estaban en la U. R. S. S. desde el final de nuestra Cruzada. Estoy seguro de que el Bosque Rojo es para los mismos rusos que por él transitaran en nuestros días un recuerdo de ejemplaridad en el combate y en la muerte que la División Azul dejó allí, imborrable.

SPANISCHES KRIEGSLAZARETT

La campaña, aparte su dureza, se hizo monótona, y sobre la inalterable línea de resistencia se sucedían los ataques cotidianos con tan cronométrica regularidad que uno podía prepararse para el "jaleo" al caer la noche o al comenzar el día, con el mismo esmero que para asistir a una ceremonia. El frente—Otenski, Possad, Nowgorod—siempre quedaba lo mismo, pero no eran siempre los mismos los que quedaban defendiendo el frente; quedaban menos cada día. Unos se iban definitivamente terminando su campaña de este mundo; una oración, un casco de acero sobre dos palos en cruz y una pequeña ondulación en la nieve era todo en este caso. Otros, que es de los que quiero hablar ahora, se marchaban también a otro mundo, un mundo en el que había tranvías y ropa limpia, música y medias de seda; eran los heridos.

El que de nosotros, en aquellos días, no pensó en un tiro de suerte, que tire la primera piedra. A mí no me da vergüenza confesarlo; recuerdo la envidia con que asistíamos, especialmente en Possad, a la evacuación de algún agraciado. Mentalmente le seguíamos en su trayectoria; hospital de sangre (despiojamiento, primeros combates contra las capas de porquería, comida caliente y una colchoneta); después, Luga, Porchow o Pleskau (vida "civil" rusa, ropa limpia, posibilidad de invertir los marcos almacenados, monumentales cartas a España); por último —si el tiro daba para tanto—Königsberg, Riga, Wilna (bueno, esto ya era una especie de paraíso).

Cada uno elegía *in mente* el lugar favorito para la bala o metralla. Había quien se ofrecía incluso para fracturas de brazos o piernas; otros, más modestos, imaginaban sedales; algunos preferían onda explosiva y no faltaban los que discurrían extrañas trayectorias de los

proyectiles a lo largo de su cuerpo, eso sí, sin afectar nunca a la estética; los balazos en la cara eran unánimemente despreciados.

El tiro, la bomba o la metralla llegaban la mayoría de las veces con efectos bien distintos (un sedal en el muslo ocasionó la muerte de Carbonilla, y una docena de tiros distribuídos entre los pulmones, brazos y cuello de Presmanes, más el de gracia mientras el ruso autor de la ídem le sustraía la cartera, dieron como resultado una no muy larga permanencia en el hospital). En cualquier caso, el primer médico que nos atendía colgaba de un botón de nuestra vestimenta—llamarle uniforme sería una metáfora—una etiqueta parecida a la que las compañías de aviación cualgan del asa de las maletas, que, amén de varios signos cabalísticos, decía *Verwundet,* quedando declarado con este acto herido de guerra.

Había heridos metódicos y correctos que, una vez "pasaportados" hacia retaguardia, no se marchaban sin despedirse de sus camaradas más íntimos, recorriendo incluso las posiciones con riesgo a una reprise. Claro que estos heridos correctos sabían indicar amablemente que en los lugares adonde iban los rublos y los marcos eran un magnífico medio para adquirir gran cantidad de cosas agradables. También espontáneamente se les entregaban por los pesimistas las *yerbonas* (billetes rusos de cinco rublos con la imagen de Lenin) y los *marken,* porque decían que, total, como a ellos no les servirían para nada...; no pensaban así aquellos que se habían asegurado la vida por toda la guerra, que encargaban máquinas fotográficas, relojes y hasta paraguas plegables para regalos a la novia.

Después del tránsito más o menos prolongado por los hospitales de campaña—comunes casi siempre a los heridos de cualquiera de los ejércitos que luchaban contra Rusia—el divisionario llegaba un buen día a cualquiera de la ciudades soñadas en el frente; Wilna, Riga, Königsberg, Berlín. La ambulancia se detenía ante un edificio—varios bloques con muchas ventanas—en cuya puerta se leía "*Spanisches Kriegslazarett*". Se entraba casi en España y uno agradecía las letras indicadoras.

En el hospital, por primera vez en mucho tiempo, se podía hablar en español con alguna mujer, cosa que el que más y el que menos había pensado muchas veces que quizá no volvería a hacer. Nuestras enfermeras, casi todas ellas veteranas en la Cruzada, revalidaron en la campaña de la División Azul sus dotes de abnegación, simpatía y competencia. También había enfermeras alemanas y de otras nacionalidades, a las que cuantos hemos estado con ellas debemos un agradecimiento inextinguible. Magníficas muchachas también aquellas alemanas de diecinueve años que cumplían su servicio social en hospitales españoles.

Los heridos no se quejaban nunca, por muy horribles que fueran

los desgarrones en su carne ni por espeluznantes que resultasen las curas y operaciones. Había un prurito especial en no dar "el detalle" ante los médicos, enfermeras y demás personal sanitario, sobre todo cuando éste no era español. Todos quedaban asombrados ante el estoicismo de los divisionarios, que a veces exageraban la nota de indiferencias; en Wilna se puso de moda cantar fandanguillos, y en Riga el "*Vuela, vuela, palomita*" durante el acto de la cura.

Lo más admirable era la conformidad con que se aceptaban las mutilaciones; todo se tomaba a broma, y por los pasillos del hospital de Wilna yo he visto carreras pedestres entre los camaradas que no conservaban más que un pie. Eran precisamente estos amputados los puntos más fuertes, animados y joviales en los "*soldatenheim*" y "*cabarets*" de aquellas poblaciones. Los permisos para salir del hospital no se prodigaban; pero, a falta de la autorización legal, se tomaba la del "comandante Tapia", exponiéndose, claro está, a entendérselas con la vigilancia. Para evitar estas escapadas en algunos hospitales—Riga—se recurría a recoger la ropa de los heridos, proporcionándola sólo en caso de paseo autorizado; ello dió lugar a que a más de un sanitario o confiado soldado alemán le desapareciese su flamante uniforme; en el hospital sólo quedaban algunos de los que no podían moverse; digo algunos, porque los más conseguían de no sé qué manera un carrito de inválido, o, en último caso, hasta se iban a caballito sobre la espalda de otro camarada (esto lo he visto en Hoff). Sólo ellos saben cómo podían burlar la vigilancia del hospital y la de todas las gendarmerías; desde luego la alemana ya había desistido de controlarnos y bastaba con responder "*Ich spanich*" a la patrulla para que nos dejase en paz.

Aparte del fastidio de las heridas, no se pasaba mal en los hospitales. Pero cuando uno comenzaba a encontrarse bien se iniciaba también en la conciencia el remordimiento de estar allí. Era frecuente, cuando el médico aún no lo había insinuado, el pedir el alta hacia el frente, de donde venían cada vez en más cantidad nuevos heridos "Esto se me quitará por el camino."

Al que llegaba al frente, procedente del hospital, se le recibía como a un marciano; de las chabolas próximas acudían los espectrales veteranos a enterarse de cómo se vivía en la civilización y a morirse de envidia ante las fotografías en las que se apreciaba al recién llegado del brazo de jóvenes de talle gentil y larga melena. Venían con el uniforme completo otra vez, incluso con la tienda de campaña y la palita. Verdaderamente—y ellos lo sabían—hacían el ridículo tan bien vestidos.

Valero, herido en Possad, llegó a Kruty procedente del hospital de Königsberg, cuando nosotros, con dos antitanques al mando del teniente Cuervo, acabábamos de pasar la tragedia y la gloria de Udarnik —posición intermedia—. Tan relucientes sus botas, tan bien planchada

su guerrera, tan a la medida el gorro, tan pulcro y atildado, que la escena del recibimiento no terminó bien, porque Castro, implacable, exageró en sus chanzas la incompatibilidad que a su juicio existía entre su conjunto y la rudeza varonil que desde los guerrilleros celtíberos a los legionarios del Tercio habían tenido siempre los soldados españoles.

WILNA

Polaca hasta 1914, lituana desde 1918, ocupada por los rusos al comienzo de la última guerra y conquistada después por los alemanes, Wilna era un magnífico campo de experimentación para comprobar los odios raciales o nacionales a principios del año 1942. Existían entonces cinco sectores de diferente población: lituanos, polacos, alemanes, rusos y judíos, y cada uno de ellos, sin excepción alguna, odiaba a los cuatro restantes. Auténtica y para nosotros inexplicable aversión, que, no pudiendo exteriorizarse más ostensiblemente, se traducía en rencorosas miradas, en cambios de acera para evitar la proximidad en las calles, en sonrisas irónicas, hasta a veces en un despectivo y más o menos disimulado escupitajo de desprecio.

No sé por qué extraño poder de captación o por qué congénita ecumenicidad, los españoles nos llevábamos bien con todo el mundo. Para nosotros eran las mejores sonrisas de las aristocráticas señoritas polacas movilizadas al servicio de los "*soldatenheim*"; las máximas deferencias de las puramente nominales autoridades civiles lituanas; la relación más afectuosa con los rusos blancos o rojos, colaboracionistas o prisioneros; no digamos nada de los alemanes; y hasta para nosotros —únicos amistosos visitantes del "*Ghetto*"— era la agradecida simpatía de los judíos. "*Ich. jude; ist verboten sprachen*", nos decían las muchachas previniéndonos; pero bien pronto infringíamos con gran cordialidad las severas reglas del Ejército ocupante.

Wilna era polaca, a pesar del cañamazo de naciones y razas que la historia tejía sobre su suelo. Polaco, católico y europeo era, esculpido en la puerta de entrada a la ciudad, el "Ave María, gratia plena", que tan al alma nos llegó cuando, antesala del frente, nos detuvimos allí unas horas en julio de 1941. Polaco y europeo, parisién más bien, el ambiente de sus cafés y "*music-hall*", que no desvirtuaban los contundentes taconazos militares. Polaco y europeo el aspecto de sus plazas, con el concierto de los días de fiesta, mientras la gente hacía paseos de noria alrededor del tenderete de la banda. Occidentales la música y el francés con que se educaba la clase media. Y europeas las *Trykiriazy* latinas que en lo alto de la montaña que dominaba la ciudad eran, cara al este soviético, frontera y estandarte. Caballeros

teutones la habían defendido antaño contra la horda dorada, y aún quedaban a orillas del Wilija ruinas de las antiguas fortalezas que construyeran. Todo respiraba un aliento de resistencia contra la asunción en la desalmada estepa oriental.

Parecerá una fantasía, pero es bien cierto que en pleno cuartel general de la quinta columna polaca era suficiente el escudo rojo y gualda sobre la manga de la guerrera para salvaguardar nuestra integridad. Y en la alta noche, obscura ante los bombardeos, bastaba el acompañar nuestros paseos retumbando en las calles solitarias con canciones que inconfundiblemente eran españolas para saber que la bala por la espalda o la bomba desde el tejado o la ventana, tan corrientes, no llegarían a ser disparadas.

No en vano los domingos escapábamos del "*Wehrmacht Gottdienstelle*" y nos desparramábamos por las iglesias de la ciudad, donde, codo a codo con la población polaca, oíamos la misa, mientras idénticos rosarios desgranaban sus manos y las nuestras. Y si algunos uniformes militares acompañaban las devotas procesiones, quizá por la liberación, en las narices de los ocupantes, eran de soldados españoles.

Marías Walewskas de nuestros románticos enamoramientos, Irinas, Marysias, Vandas. Salía a relucir todo el Chopin que sabíamos, y se barajaban Valldemosa y Varsovia, Kosciusko y el alcalde de Móstoles, Adam Mickiewicz y Miguel de Cervantes. Wilna era casi una ciudad española, con novias y madres llorando en la estación, con las manos femeninas bordando flechas para nuestras camisas y con cartas que desde allí llegaban al frente preguntando cuándo terminaría la guerra, Resultaba bonito todo aquello, pero la guerra es implacable y fatal; da pena pensar qué habrá sido de aquellas pobres gentes que tan entrañablemente se entendieron con nosotros, que eran, frente al torvo comunismo, avanzadilla del espíritu y de cuanto amable tiene la vida, caídas bajo la espuela de los bárbaros modernos.

Vilniuje o Vilniaus para rusos y lituanos; Wilna para los alemanes y para las geografías del Bachillerato; Wilna para los polacos, en ella hemos dejado, en el mismo suelo donde se encuentra el corazón del mariscal Pilsudski—que en tiempos salvó a su patria del comunismo—, los cuerpos de varios camaradas que llegaron al hospital heridos de muerte. Yo sé que sobre sus tumbas, igual que en aquellos años ya tan lejanos, dejarán flores manos femeninas, símbolo de tanto como Polonia tiene de común con nosotros por encima y a despecho de las distancias y de la guerra.

LA RACION DE HIERRO

Hambre, lo que se dice hambre, no pasamos más que en los días del asedio de Possad, cuando el suministro era casi imposible, tanto por la dificultad del transporte en la retaguardia—los coches enterrados en la nieve, la gasolina helada—como por la problemática llegada de los víveres desde Schewelewo hasta el Monasterio y desde aquí hasta Possad.

Menos mal que en los primeros días pudieron almacenarse bastantes bloques de pan, de aquel pan por el que no pasaba el tiempo y que, cada vez en menor cantidad, fué la base de nuestra alimentación —untado con margarina— hasta que dejamos aquel infierno.

Al principio nos defendíamos descubriendo los yacimientos de patatas, que bien pronto se agotaron. También—por lo menos a mi pieza—nos alivió algo un caballo muerto, regordete él, de cuyos cuartos traseros fuimos sacando hermosos filetes hasta dar en hueso. La carne era auténtica carne congelada y se conservaba estupendamente, quizá demasiado bien, porque estaba muy endurecida para cortarla y había que esculpir el bistec con el machete.

Los habitantes de toda la Rusia que visitó la División tienen gran predilección por los pepinos. El método de conservación no puede ser más sencillo: consiste en dejarlos en agua, que se hiela en cuanto aparecen los primeros fríos, y de allí se van sacando a medida que se consumen. Esos recipientes son barriles ordinarios. Los pepinos también nos ayudaron bastante a distraer el hambre en Possad.

Cuando llegaba algún camarada con suministro—tres o cuatro veces aparecieron allí Fernández de Córdoba y Vilaplana con sus motocicletas—los gritos de alegría se oían en todo el frente y de cada posición iba un enviado especial a recoger lo que le tocaba. Venían cosas ligeras: chocolate, caramelos, queso. Conservábamos nuestra ración como oro en paño y la comíamos como los niños pequeños o como Carlos de Luna dice que lo hacía *el Piyayo:* despacito, saboreándolo mucho para que durase.

Un día estuvo a punto de estallar un conflicto entre las piezas de Patiño y de Gestoso. Por un despiste de esos tan normales en la guerra no se nos avisó para que acudiésemos al reparto, y nuestra alícuota de una lata de carne en conserva que había llegado se la llevo—en depósito—la pieza de Gestoso. En distancia nos separaban sólo unos ciento cincuenta metros, pero pasábamos días y días sin vernos, primero porque no estábamos con ganas de dar el paseo de una pieza a otra, que había que hacer con la barbilla en tierra a cada momento, y segundo porque el escaso tiempo en que no había tomate o le tocaba a uno

de guardia lo aprovechaba para estar adormilado—dormir nunca—en las más inverosímiles posturas. Pero cuando nos enteramos, a los tres días del suceso, que los de Gestoso tenían nuestra ración—así como medio kilo para seis personas—no dudamos un momento y, dada la importancia del asunto, salimos Castro y yo por ella.

Con las consabidas molestias pudimos llegar hasta la posición en que Gestoso y sus muchachos estaban destacados; no disimularon su alegría al saludarnos, pero nosotros vimos con desconsuelo que tenían una cara de "culpables" que tiraba para atrás. Trataban de distraernos contándonos cosas del último ataque; Gestoso, al que habían atravesado el capote tres balazos, nos enseñó los nuevos muertos que, día a día, iban haciendo un festón entre el antitanque y la línea del bosque. Pero nosotros no teníamos más que una preocupación.

—¿Y la carne?

—¿Qué carne?—contestaba el sargento, con la clásica contrapregunta gallega para ganar tiempo (Ferrer se hacía el dormido y volvía la cabeza para no vernos).

—¿Qué carne va a ser? La que trajo Tono hace tres días.

—¿Hace tres días?

—Venga, no haceros el loco. ¿Dónde está la carne?

Todavía tuvieron el cinismo de preguntar si veníamos borrachos. Vimos en el suelo la lata, el cuerpo del delito y entonces empezamos a insultar a los dormidos y a los despiertos con esos epítetos que sólo se toleran en la guerra. A todo esto cuajó un tiroteo que no prometía nada bueno y nos volvimos con un humor de perros a la chabola. Además, en la discusión habían salido a relucir viejas historias de cuando a Patiño, nuestro sargento, le tocaba repartir en Nueva Miniza, achacándonos de que llevábamos la mejor parte..., lo que era verdad. Y todavía se mostraron dolidos de que no apreciásemos su gesto de haber resistido dos días sin comer la carne; como no íbamos "creyeron" que había alguna confusión y les había tocado de más. En fin, aseguraban con una sonrisa repugnante que la carne estaba estupenda y aludieron al lema que Patiño, en parecidas circunstancias, había adoptado de bromas o veras: "El dinero, como hermanos; el pan, como lobos".

¡Cómo nos acordábamos del tocinazo de Grafenwörh, de las gallinas de Piedzanka, de la ración de hierro frívolamente consumida! En el campamento nos daban platos de legumbres con unos trozos de tocino que no se los saltaba un torero y que ya llegaron a cargarnos; en la pequeña aldea polaca de Piedzanka, adonde llegamos millonarios de la divisa sacarina, comíamos con los ojos y algún pollo a medio asar fué enterrado entero como el cadáver de nuestra gula. Lo de la ración de hierro merece contarse despacio.

Entre las muchas cosas raras de que nos equiparon los alemanes

en Grafenwörh—algunas tardamos varios días en saber para qué eran— nos extrañaron unas bolsitas blancas que parecían tener dentro unas gruesas fichas de dominó, y una latita de conservas. Era la "ración de hierro". No debía tocarse más que en momentos de extremo apuro, en caso de cerco y como último recurso para no perecer de inanición La bolsa contenía unas galletas de harina concentrada, con vitaminas, calorías y no sé qué más cosas, y la lata carne concentrada también, claro. Nuestros oficiales estuvieron elocuentes cuando resaltaron la necesidad de conservar hasta el máximo la ración de hierro; para consumirla hacía falta una autorización expresa del alto mando. Cuando se liberó a los heroicos defensores de Narwik, una demostración de su magnífico espíritu fué que no habían tocado la ración de hierro.

Llevábamos unos días de marcha hacia el frente cuando empezó a circular por la compañía el rumor de que las galletas de la ración de hierro estaban imponentes con el chocolate y que la carne sabía de miedo mezclándola con patatas cocidas y rehogadas en mantequilla. Una especie de vesania colectiva nos sacudió y las bolsitas blancas fueron bárbaramente violadas y abiertas, mientras horribles machetazos destapaban las frágiles latitas. Todo esto en el más riguroso secreto, celebrando una especie de comidas "negras", donde el remordimiento de conciencia estaba en razón directa con el regodeo del estómago.

Creo que no llegaron a una docena las raciones de hierro que no sucumbieron en la primera *razzia.* Unidos en la responsabilidad, nos preocupaban mucho los esquiroles, y no tardamos en ir localizando, uno por uno, a los que "todavía" no se la habían comido, que eran severamente juzgados y no sabían cómo disculparse.

Pero llegó la hora trágica. Fué en Oszmiana donde nos anunciaron que se iba a pasar revista y que entre las cosas que había que presentar en perfecto estado figuraba la dichosa ración de hierro. Hubo una oleada de pánico y hasta proyectos de asalto a intendencias ajenas. Al final, nos alineábamos sin ella, en un ambiente de gran expectación. Si alguno la tenía todavía, no se atrevió a presentarla para no estropear aquel no muy meritorio "Fuenteovejuna".

Se celebró la revista en la forma de costumbre. No se nos dijo nada, a pesar de que la ración de hierro brillaba escandalosamente por su ausencia. Rompimos filas alegremente y un poco fanfarrones; al no haber pasado nada, había quien aseguraba sin recato que la ración de los oficiales también había desaparecido. Es un misterio que nunca pudimos averiguar; pero, de todas formas, ellos nos estuvieron amargando la vida con el "Ya os acordaréis de la ración de hierro". ¡Y vaya si nos acordamos!

En cambio, cuando nos dieron unas bolsitas con caramelos de fuer-

te sabor a frutas hubo algunos camaradas a quien no había manera de hacérselos comer, y tuvieron que intervenir los oficiales para recomendar su ingestión. Se había propalado el rumor, que algunos aceptaban como artículo de fe, de que aquellos caramelos eran enervantes o antiafrodisíacos (bueno, la gente lo decía de otra forma que ésta a que yo recurro). Y cuando faltaban aún tantos kilómetros para llegar al frente, decían los desconfiados: "¡Cualquiera se los tomaba!"

EL FRIO

Yo creo que, pasando de los 25° bajo cero, ya da todo igual; al menos no pude advertir en mi frío ni en el de mis camaradas diferenciación alguna de matices cuando el termómetro descendía de aquella cifra.

No sé cómo puede explicarse el frío que pasamos en Rusia, porque la frase "Un frío de espanto" la escuchamos—y la pronunciamos—en cuanto una ligera brisa nos hace subir el cuello de la gabardina en un desapacible día de octubre. Por eso, mejor que buscar adjetivos, que siempre en este caso resultan pobremente calificativos, prefiero, para dar idea de aquel frío, recordar alguna de sus consecuencias.

Todos hemos leído con fruición hace—¡ay!—bastantes años algún "T B O" en el que un pescador introducía su caña en el círculo abierto con sierra o pico en la superficie helada de algún río. A aquel pescador podían sucederle las cosas más heterogéneas, pero nos hemos olvidado de ellas; queda, en cambio, nítido en nuestra memoria el perfecto borde de la circunferencia, la tapadera de agua sólida al lado y el sedal del pescador sumergido en el misterio de la vida submarina. ¿A quién no le hubiera gustado ser protagonista de esta escena? Pues eso fué uno de los placeres que nos proporcionó la campaña de invierno. Muchos de nosotros ya hemos perdido—por realizada—la ilusión de hacer un agujero en el hielo y advertir cómo bulle la vida bajo la pétrea e inmóvil blancura. Aunque no buscáramos, como en las ilustraciones de los cuentos, peces, zapatos, anzuelos de otros pescalores próximos o ballenas que no cupiesen por el agujero, sino, simplemente, agua. Agua que había que estar removiendo constantemente, pues se nos endurecía al más pequeño descuido. Sobre el Ilmen los termómetros llegaron a alcanzar los 53 grados bajo cero.

En las guardias, a pesar de los cuatro pares de calcetines, de las botas normales y de las "katiuskas" de fieltro, los pies se quedaban helados y era un asco, porque, cuando los puestos eran en lugares de consciente peligro, como no había más remedio que estar golpeando

los pies continuamente contra el suelo, a uno le parecía que aquello era un estúpido tantán para orientar al enemigo, que en la imaginación del escucha ganaba muchos peldaños en sagacidad, astucia y capacidad de "camuflaje".

Cuando había jaleo podían seguirse dos actitudes; una, combatir "con los guantes puestos"; las armas se manejaban con torpeza, el dedo se metía difícilmente hacia el gatillo y los "ratones" de las pequeñas averías era imposible cazarlos. Eso sí, las manos no se quedaban heladas, que era lo que sucedía si se quitaba uno los guantes; en este caso se experimentaba una quemadura "escocesa" que empezaba con la producida por el frío hasta llegar a la del recalentamiento del metal por los disparos.

Si la vista se quedaba fija unos instantes, al cerrar los ojos se notaba cómo los párpados rompían la película de hielo lacrimal y en la pestaña superior se formaba una pequeña marquesina blanca. La secreción que inconscientemente "estalactitaba" nuestras narices se quitaba mucho mejor con un movimiento combinado de pulgar e índice que con un pañuelo.

En las marchas, cuando uno echaba mano de la cantimplora para mitigar la sed, se encontraba al empinarla con un sonido desagradable de maraca de aluminio. El agua se había helado dentro, y no era cosa de pararse para hacer una hoguerita y deshelarla. Había que conformarse con chupar trocitos de hielo o, en los primeros meses del invierno, en que la nieve aún estaba esponjosa, con beberla a puñados. Pero esto era como el algodón dulzófilo que venden en las verbenas que no nos alivia—a los golosos—de nuestras ganas de dulce sólido.

El pan, al helarse, resistía al cuchillo o la navaja—incluso al machete—como si fuera turrón de Alicante. Las dos partes de la mantequillera quedaban unidas como por soldadura autógena. El vino y el champaña que nos llegaban generosamente podíamos distribuirlos a medio kilo por persona, no sin antes desprender de las raciones los trozos de cristal roto que habían quedado adheridos. Con el café concentrado y la leche condensada era bien fácil hacer pastillas de café con leche mucho más sólidas que las que había antes de la guerra en España. (¿Qué ha sido de los caramelos de café con leche?) Todo lo endurecía y petrificaba el frío, y era imposible comer sin calentar muchos manjares de los que ordinariamente no ven el fuego en su vida.

Combatíamos el frío en la forma más elemental y eficaz; encendiendo hogueras y manteniendo constantemente al rojo las estufas que improvisábamos; consumíamos cantidades ingentes de leña, que había que reunir trabajosamente; en Troitzkaja, frente al cementerio de Nowgorod, habíamos dispuesto que, al regresar de la guardia, nadie podía entrar en la chabola sin presentarse con un tronco o un tablón.

Así fueron sucumbiendo las paredes y el techo del pabellón que en el *koljos* de aquel lugar se destinaba para guardar tractores, arados y aperos de labranza. No era fácil el desgajar los tablones, fuertemente sujetos entre sí con gruesos clavos, y, como se salía bastante cansado de la guardia, hubo quien recurrió al bonito truco de saltar en las tablas ya almacenadas ante la chabola, dando la sensación de que depositaba la suya; en vista de ello hubo que hacer guardia también para ver si los que terminaban la guardia traían su correspondiente leño.

Otra ventaja fué la absoluta falta de hedores. Los cadáveres quedaban perfectamente conservados en su actitud del último segundo. Cuando las heridas habían causado mutilaciones o profundos desgarros, quedaban los cuerpos hasta que los podíamos enterrar—a algunos, en Possad, no pudimos enterrarlos nunca—enseñando su interna anatomía, perfectamente constantes y vivos los colores de los huesos, la carne y la sangre; recordaban las láminas del Testut.

Los alimentos no se estropeaban nunca. Comida dejada en las marmitas durante los primeros días de noviembre servía un mes después, cuando la encontrábamos en la tierra de nadie o en una posición recuperada, para paliar nuestro hambre.

Quienes resistían prodigiosamente los efectos del frío eran esos pequeños insectos compañeros del soldado en todas las campañas; ¡qué vitalidad! Algún ingenuo creyó que tantos grados bajo cero podrían servir como medio aséptico, y sepultó entre bloques de hielo su camiseta, sus calcetines o cualquier otra prenda. Al recogerla varios días después, rígida como si fuera de cartón piedra, sus moradores paseaban impertérritos—aunque un poco más delgados—por los resquicios y los pliegues de siempre.

Los rusos adoptaban para preservarse del frío toda clase de precauciones; para andar unos metros de una a otra *isba* se vestían como si fuesen a ir hasta el mismísimo polo. Los niños parecían bolitas de trapo entre tantos guateados, guantes, pasamontañas y fieltros; el efecto era más apreciable cuando se les contemplaba deslizándose con envidiable destreza por la superficie helada del Wolchow. En cuanto a las jóvenes, sólo la cara podría dar lugar a algún piropo poliglota.

Aquellas buenas gentes se persignaban cuando veían salir en pleno enero, desnudo de cintura para arriba, a un divisionario dispuesto al aseo matinal, restregándose con la nieve recién caída; pero esto no se compaginaba muy bien con las placas de hielo amarillo que iban engrosando en el umbral de la puerta de la *isba* hasta impedir su manejo. Entonces, en vergonzoso turno, había que purgar, picando, la inconfesable y clandestina pereza.

Y me falta anotar el efecto más divulgado del extremo frío; esa es-

pecie de cretinismo inerte que se apodera de nosotros al borde de la congelación. Existe tal como lo describen en los novelas. Sirva de ejemplo el caso de Ferrer cuando yo lo llevaba medio a cuestas hacia una ambulancia. Entre lo que pesaba él y mi poca fuerza resulta que se caía cada diez metros; costaba enorme esfuerzo levantarlo; mientras trataba de hacerlo, él, que no contribuía mucho a tal fin, me decía con insistencia de borracho que lo dejase allí, "descansando" sobre la nieve, Y, por su gusto, así se hubiera quedado, tan tranquilo, cuando ya llevaba varias horas desangrándose y con las extremidades congeladas. Se hubiera acostado, tan feliz y sonriente, en su último lecho.

LILI MARLEN Y KATIUSHA

La letra de *Lili Marlen* es de Hans Leip y la música de Norbert Schultze. Vayan estos datos para la pequeña historia que quizá no hubiese llegado a ser escrita si Lale Andersen no hace popular la cancioncilla desde los micrófonos de Radio Belgrado. Hoy se sabe en todo el mundo. En plena guerra mundial era cantada ya por los combatientes aliados. Nosotros la adoptamos en seguida y le pusimos esta letra:

Al salir de España sola se quedó,
llorando mi marcha, la niña de mi amor.
Y cuando partía el tren de allí
le dijo así mi corazón:
"Me voy pensando en ti, adiós, Lili Marlen".

Aunque la distancia vive entre los dos,
yo siempre me acuerdo de tu claro sol.
Pues cuando tu carta llega a mi
se alegra así mi corazón,
pues sólo pienso en ti, soñando con tu amor.
Cuando vuelva a España con mi División
llenará de flores mi niña su balcón,
y yo seré entonces tan feliz
que no sabré más que decir:
"Mi amor, Lili Marlen, mi amor es para ti".

El nombre que simbolizaba el de tantas muchachas que efectivamente se habían quedado llorando no era muy evocador que digamos; a pesar de ello polarizó nuestra nostalgia afectiva y cuando cantába-

mos Lili Marlen en serio lo hacíamos con una especial gravedad, marcando con fuerza las últimas sílabas de los versos y perdiendo, por una vez, el tan decantado individualismo de los españoles para procurar una armónica fusión de las voces.

Pero a las pocas semanas de estar en el frente de Rusia, una peligrosa rival comenzó a compartir con "Lili Marlem" nuestras preferencias corales. Era *Katiusha,* una canción popular en todas las Rusias, que nosotros conocimos a través de los prisioneros y de la población civil. Se cantaba ya mucho antes de que Lenin y Stalin se les ocurriera soñar con la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Su música es una agradable mezcla de fortaleza y languidez; cuando la escuchábamos nos dimos cuenta de que nada tenía que ver con la basura comunista, a pesar de lo cual los alemanes habían prohibido que se cantase, no a nosotros, naturalmente, sino a la población rusa, que nos decía, asustada: "Ist verboten" cuando lo hacíamos a grandes voces, pero que después se aprovechaba de la inmunidad que les proporcionábamos para unir sus voces a las nuestras.

Rusia tiene un encanto difícil de explicar, pero hay algo en su tierra, en sus hombres y mujeres, en sus costumbres, que seduce fuertemente. Y no hago al decir esto ningún descubrimiento, sino repetir lo que muchos observadores ilustres y sagaces han proclamado. Nosotros no fuimos insensibles a esa seducción y nos era bien fácil entonces, y ahora al recordarlo, separar "in mente" toda la porquería comunista del verdadero espíritu de aquel país, al menos en la parte que conocimos. *Katiusha* nos servía admirablemente para expresar todo cuanto no sabíamos decir y, al mismo tiempo—era irremediablemente una canción de amor—, para asociar nuestra simpatía hacia Rusia con el lacerante recuerdo de quienes nos esperaban en nuestra Patria. Asimilamos *Katiusha* desde el primer momento; sabíamos eufónicamente su letra en ruso y en ruso la cantábamos. Aun ahora, no hay sobremesa divisionaria—¿Por qué no nos reunimos algún día para recordar algunas cosas que se nos van olvidando?— en que las notas de *Katiusha* no salgan a relucir.

Algún poeta aficionado que merecía la horca destrozó la canción poniéndole una letra Sorozábal, que empezaba así:

"Era Katiusha una mujer divina
hija de un gallardo oficial del zar."

Afortunadamente no cuajó entre los divisionarios; seguimos respetando su auténtica letra, cuyos primeros versos, literalmente traducidos, dicen:

"Florecían manzanos y perales,
navegaban las brumas por el río.
Subiste a la ribera, Katiusha,
sobre la alta ribera, hasta las rocas.

"Continué la canción comenzada
por águila de estepa.
Para ella, a quien amaba;
por ella, a quien mis cantos escribía."

No quiero hablar de las auténticas "Katiushas" que en Rusia quedaban. Muy pocas, claro, porque hacen falta muchas cosas y muy difíciles de sostener en aquel "ambiente" para que una mujer se quede milagrosamente cristiana y humana, espiritual. Pero más de un divisionario que tuvo la fortuna o la desgracia de encontrarla fué protagonista de una novela de amor que aún hoy dejará en su recuerdo un sabor agridulce.

Lili Marlen y *Katiuska,* evocación, para nosotros, de las muchachas rusas y alemanas, pero que también, en culpable heterodoxia, nos servían para añorar, a tantos kilómetros de distancia, tantas Cármenes, Amparos, Mercedes...

ENRIQUE SOTOMAYOR

El recuerdo de Enrique Sotomayor está latente siempre en nuestra memoria y cada aniversario de su muerte aviva con su actualidad ineludible el dolor que su ausencia produce.

Parece que le estamos viendo con su sonrisa de niño bueno y su seráfico aspecto, que era lo más opuesto al que pueda imaginarse de un hombre de acción.

Y, sin embargo, a despecho de la inutilidad oficial que su gran miopía le deparaba, Enrique Sotomayor sabía ya del olor de la pólvora y el ruido de las descargas. En nuestra guerra, por sus obligados alejamientos del frente, alternaba la labor directriz y normativa de la retaguardia con el combate directo ante el enemigo. Y eran siempre ejemplares o eficaces sus servicios en la Prensa, en el S. E. U. o en la bandera de Marruecos.

No podía faltar Sotomayor a la primera empresa de patente destino universal que le cupo a la Falange, y se alistó con los primeros en la lucha efectiva contra el comunismo, en la que la División Azul iba a ser vanguardia.

Murió un día 5 de diciembre, en la inverosímil defensa que los es-

pañoles hicieron de una posición que era legendaria en todo el frente de Leningrado a Nowgorod. Cayó al lado de otro gran camarada, Enrique Ruiz Vernacci, el segundo de los hermanos elegidos, cuyo cadáver intentó recoger.

Enrique Sotomayor era el primer voluntario para los sitios de mayor peligro o sacrificio. Recordamos un detalle entre muchos. En ocasión de una marcha-reconocimiento, su compañía se encuentra ante un río de doscientos metros de ancho, cuya corriente habrá que atravesar. En la margen opuesta se ven barcazas que pueden solucionar el paso. El frío hace marcar el termómetro unas docenas de grados bajo cero. Sotomayor, sin vacilar un momento, se desnuda y con una bomba de mano y una cantimplora de vodka que le reanime en la travesía pasa el primero la corriente.

En aquel glorioso infierno de Possad, Sotomayor no aceptó nunca su relevo. Cambiando de sección a sección, en aquella que estaba más en la avanzada de la primera línea, su conducta era estímulo y ejemplo, y era su fortaleza moral inquebrantable.

En las horas de descanso, junto a la hoguera o al lado de la estufa en algún alojamiento, él nos entretenía con sus interesantes narraciones. Y era unas veces la conversación sobre temas literarios y otras la narración de cuentos de ambiente vasco. ¡Con qué gracia flúida sabía hacerlo, imitando el hablar de los *casheros!*

Enrique Sotomayor era unánimemente querido de sus camaradas, y con su muerte todos sentimos que nos faltaba algo que no se podía reemplazar. Nos consuela saber que está en el puesto que para sí anhelaba y que ya su "ardorosa impaciencia" no tiene objeto, al haber realizado el supremo acto de servicio.

Nos lo había dicho una noche a orillas del Beresina, hecho silencio el campamento, abierta el alma bajo el frío cielo estrellado para recibir una vez más las consignas de la Falange. Ante los camaradas reunidos para escucharle, alrededor de una gran hoguera, Sotomayor terminó sus palabras con esta frase: "Camaradas: Así, sin falsas retóricas que a nadie agradan, muchos de los que aquí estamos hemos de morir en el frente. Si nuestro sacrificio es estéril y después de esto tenemos que ver una España débil o rota, bien venido sea el tránsito que nos libra de asistir a ese trance vergonzoso; y si, por el contrario, nuestro esfuerzo da su fruto, ¡bendita mil veces esa muerte que hará posible que impere sobre nuestra Patria la alegría roja y negra de la Revolución triunfante!"

PEDAGOGIA SOVIETICA

La primera preocupación, en lo moral, de los dirigentes soviéticos, después de su triunfo, fué el suprimir por completo la idea de Dios y de Religión; pero sus esfuerzos se estrellaron en las generaciones ya formadas, que nunca llegaron a olvidar por completo las viejas doctrinas recibidas y se resistían a entregar los iconos, ante los cuales habían orado sus padres y abuelos, a las llamas de la gran hoguera del ateísmo que oficialmente se comenzaba a encender. Es una maravillosa muestra de la supervivencia del ideal cristiano el que aún hoy, a los veinticinco años de propaganda antirreligiosa activísima y con derroche de medios, sea mayor el número de hogares en que se conserva una lamparilla constantemente encendida ante la imagen de la Virgen de Kazán, San Sergio o San Nicolás, que las que decoran sus habitaciones con retratos de Stalin o de cualquier otro "mariscal" soviético. En esto se equivocaron los Soviets. Si bien suprimieron absolutamente el culto oficial y desarticularon prácticamente la organización jerárquica de la Iglesia ortodoxa, no prohibieron—¿miedo, quizá?—el tradicional culto familiar a las imágenes (aunque no perdían ocasión de ridiculizarlo o perseguirlo), confiando en que desapareciese espontáneamente.

Ante la inutilidad de sus campañas entre la población, que con indiferencia eslava contempló un día alzarse sobre el Kremlin las banderas de la hoz y el martillo, la lucha antirreligiosa—más bien antiespiritual—se orientó en la educación de la juventud. Serían las nuevas generaciones totalmente formadas en doctrina comunistas las que disiparían el "sueño" provocado por el "opio de los pueblos".

Había que crear un ideal nuevo, una mística inédita: los hombres no se mueven hablándoles sólo de tractores y *koljoses,* de toneladas de carbón y de ejércitos sin posibles batallas. Y los Soviets crearon la mística del odio, el ideal de la destrucción ante las civilizaciones seculares. El mundo no era más que un conjunto de explotados y explotadores. Había que eliminar a los explotadores, como ya se había hecho en Rusia. Pero quedaba mucha gente que "liberar", gimiendo todavía bajo las garras de la opresión burguesa. Rusia era la aurora de una civilización expansiva, la nación que impondría su credo al universo, el corazón rector de la Unión Mundial de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Era necesario arrasar en sus cimientos las viejas concepciones de la vida, para que no fuera posible la reacción. Hacía falta para esto el gran Ejército Rojo liberador. Había que hacerse fuerte para luchar contra el mundo entero.

Sobraba Dios: era un pretexto de los otros el escudarse en argumentos espirituales de una justicia posterior a la muerte, de un con-

suelo esperanzado ante la desgracia terrena que podía engendrar una resignación negativa; nada había que esperar de unas leyes que aconsejan perdonar al que ofende y aseguran que hay otra vida, la de la justicia reparadora y suprema, de la cual ésta no es más que un breve tránsito. El odio, engendrado por la envidia a los que la vida ha situado en una posición privilegiada, era el *leit-motiv* de la propaganda roja. Y el odio era un pecado capital en la religión cristiana.

Los rusos inician sus planes de enseñanza suprimiendo casi totalmente la anterior pedagogía. De los libros de Historia, Religión y Arte, apenas se salva alguno. En Literatura dejan, "tolerándolos", los grandes escritores clásicos, pero sin que sus obras se reeditasen, excepto las de Dostoieski, Pushkin y algún otro.

Empieza la educación satánica, para la destrucción y el odio, desde los libros que enseñan las primeras letras. La unificación de textos escolares es un hecho desde el primer momento. Se intensifica enormemente la enseñanza de las matemáticas, extinguiéndose casi las de Arte y Literatura y falseándose descaradamente la Historia Universal.

Complemento eficaz de la educación escolar es la propaganda por medio de folletos y carteles, películas y Prensa.

En el texto *standard* de primeras letras se inicia a la infancia en el militarismo agresivo, y las ilustraciones son, en muchas ocasiones, sobre temas bélicos; se lee: "Iván es hoy un pionero. Mañana será un soldado del Ejército Rojo".

En su página 92 dice, al pie de un retrato de Lenin: "Los niños viven encantados en el país de los Soviets. ¿Quién ha hecho agradable nuestra vida? ¿Quién ha hecho feliz a nuestra Patria? El partido bolchevique, el partido de Lenin y Stalin". Y en la siguiente página dice de Stalin que es el "caudillo y maestro del pueblo de la U. R. S. S. y de los trabajadores de todo el mundo, que no le olvidan y le aman calurosamente".

Asombra el cinismo con que se infiltra en las mentes infantiles la gran mentira histórica. Felices los niños en el país, que según estadísticas oficiales, había en 1932 más de 300.000 criaturas incontroladas, dedicadas al merodeo y al pillaje. Y Stalin "amado calurosamente" en todo el mundo, cuando el luto reciente de millares de familias tiene por causa la práctica criminal de las órdenes que dicta a sus agentes.

La canción de los escolares soviéticos termina: "Nosotros aprendemos así las lecciones para que Stalin diga: "¡Muy bien, muchachos!"

No han conseguido los Soviets hacer aparecer a Stalin como un apóstol paternal; cuando la confianza hace que no exista el miedo entre los interlocutores, son frecuentes las críticas al dictador georgiano; en cambio, es unánimemente venerada entre los bolcheviques la figura de Lenin.

Los rusos denominan al grado superior de enseñanza secundaria el *technicum,* y han establecido dos becas—*stipendium*—para seguir sus estudios. El *stipendium* Stalin y el *stipendium* Worochilow, para vincular el interés de la juventud hacia los hombres representativos del régimen.

En la *Historia de la U. R. S. S.,* de Schtschestakoff (Moscú, 1938), que es un compendio de Historia Universal, además de omitir la mayor parte de los hechos cruciales en la formación de la Historia de la Humnidad—Grecia y Roma, el Cristianismo, descubrimiento de América, el Renacimiento—, se falsea la historia moderna de Russia: a Trotski no se le menciona para nada en la preparación y dirección de la revolución de octubre, "Gran revolución proletaria", ya que las otras, incluídas la francesa del 89 y la de Kerenski del 17, las denomina revoluciones burguesas. En cambio, procura unir siempre los nombres de Lenin y Stalin, haciendo de los dos gerifaltes rojos figura bicéfala en la concepción y logro del comunismo.

Mitad del texto lo ocupa la historia de la Revolución rusa; en las ilustraciones de la época prerrevolucionaria insiste morbosamente en temas de injusticia social o de tiranía despótica; un orondo burgués rehusando socorrer a una multitud de famélicos proletarios, cargas de la guardia del zar sobre manifestaciones obreras moscovitas; largas filas de deportados; amos con el *knut* alzado sobre las espaldas de pobres *mujiks,* etc.

En la parte moderna de las obras de Historia de la Revolución rusa es frecuente ver retratos y biografías de generales que la sirvieron, "depurados" posteriormente por Stalin, y así se encuentran en las escuelas muchos libros con manchones de tinta sobre los párrafos o ilustraciones que se refieren al caído en desgracia.

Contrariamente a lo que se ha escrito, en Rusia no se ha prescindido, para la educación de la juventud, de la idea de Patria. Muy por el contrario, se ha procurado exaltar el sentimiento patriótico, dándole una orientación universalista, en el sentido de incorporación—agresión—de los pueblos de Europa. El nombre de Rusia ha desaparecido oficialmente. La gente dice: "Eseser", pronunciación ligada de las iniciales—S. S. S. R.—de la Soius Soviets Sotsialistiches Respublik (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas). Aunque los viejos y hombres maduros continúen usando el antiguo nombre; son los que aún dicen: *Gaspodyin* ("señor"), en vez de *towarich* ("camarada"), y suspiran todavía con el "¡Boxe moiy!") ("¡Dios mío!").

Dice Schtschestakoff en el prólogo de su obra: "La U. R. S. S. es un país socialista. Sobre el globo terráqueo hay un solo país socialista. Es nuestra Patria.

"Es el mayor país del mundo. En el Norte está completamente he-

lado, y en el Sur el verano es tan caluroso que maduran el limón y la naranja y crecen el té y el algodón.

"Nuestro país es el más rico del mundo en riquezas naturales. En él hay de todo cuanto es preciso para la vida. Cada año tenemos más pan y otras mercancías. Cada año tenemos más fábricas, escuelas, talleres y cines. Con extraordinaria rapidez crecen nuestras viejas ciudades y se construyen otras nuevas.

"Los trabajadores de la U. R. S. S. viven con más comodidades y alegría que nadie.

"En ningún país del mundo hay tal amistad entre los pueblos como en la U. R. S. S. En 11 repúblicas soviéticas viven hasta 50 diferentes pueblos con 170 millones de personas, todos ellos unificados en fraternal unión.

"Todos los pueblos de la U. R. S. S. trabajan por el provecho común. En la U. R. S. S. no hay parásitos capitalistas ni grandes propietarios. En la U. R. S. S. no existe la explotación del hombre por el hombre. De un país atrasado, nuestra Patria ha llegado a ser la más adelantada y poderosa. He aquí por qué nosotros la amamos y por qué nos enorgullecemos de nuestra U. R. S. S., país de los socialistas.

"El camino hacia el socialismo nos lo ha indicado el gran partido comunista-bolchevique. El guió en la lucha a nuestros padres y hermanos, en la lucha de los obreros y campesinos cuando se sacudieron el yugo del Zar, de los propietarios y de los capitalistas. Después, guiados por el partido comunista, dimos el Poder a los obreros y campesinos e instauramos el socialismo.

"Este libro os enseña cómo fué la vida de las gentes en nuestro país, cómo lucharon los pueblos de la U. R. S. S. con sus enemigos y opresores, como se esforzaron para que nuestra Patria llegase a ser un país socialista. Por él sabemos también la vida y luchas de otros pueblos y en otros países.

"Todo esto se llama Historia.

"Nosotros amamos a nuestra Patria y debemos saber bien su notable historia. Quien sabe más Historia comprende mejor la vida actual y mejor luchará contra los enemigos de nuestro país y fortalecerá el socialismo."

Este prólogo dará idea de la veracidad histórica de los capítulos que le siguen; pero si nosotros, en el contraste por el conocimiento de la vida en los demás pueblos, tenemos elementos de juicio para discernir la verdad y la mentira de Rusia, no así los habitantes de la U. R. S. S., quienes, desde la implantación del comunismo, no saben más noticias del resto del mundo que las que los periódicos y libros

soviéticos les proporcionan. Y los dirigentes del nuevo régimen se han preocupado de hacer aparecer el nivel de vida en Europa más bajo aún que el que disfrutan los Soviets, y silenciar o falsear los hechos históricos. De ahí que apenas existan entusiastas de la idea comunista en la población de más de cuarenta años, porque ha tenido tiempo de advertir la burda tramoya levantada, y se encuentran fanáticos en la demás gente, que no conoce más verdad que la mentira que le han hecho creer.

Así puede hablar Schtschestakoff de "comodidades" en el país en que la palabra *confort* no tiene sentido, donde la idea de un aparato de radio en un hogar obrero es inverosímil, donde la mayor parte de las viviendas la constituyen *isbas* rudimentarias, elementales, en que la vida no difiere apenas de la que las bestias hacen en el establo. De "alegría" en una tierra en que los motivos de sus exaltaciones jubilosas populares, las fiestas religiosas, fueron suprimidos, y donde los desfiles oficiales son sordos, rencorosos, cantando a media voz himnos de agresión y de venganza; donde uno de los mayores alicientes en la vida del hombre es beberse medio litro de "vodka" que le deje sumido en un delirio adormilado, durante el cual olvida la tragedia de su existencia en el cruel "paraíso". De "fraternal unión" en el país que ahogó en sangre los anhelos de independencia del pueblo ucraniano, que efectuó la más terrible represión contra los armenios y habitantes del Caúcaso, que suprimió todos los sistemas judiciales y gradación de penas, no dejando más que la deportación—la muerte lenta—y el asesinato para los descontentos o simplemente indiferentes del comunismo. De "explotación del hombre", cuando en la U. R. S. S. se practica la más degradante explotación del hombre por el Estado, no permitiendo el menor interés personal que haga agradable el quehacer cotidiano.

Stalin no hizo más que transformar los viejos sentimientos de expansión paneslavista por otros de una falsa redención de la humanidad trabajadora, para lo cual era premisa indispensable el imperio físico sobre los pueblos.

Desde el advenimiento del comunismo todos los inmensos recursos materiales de la U. R. S. S. se movilizaron para la creación del gran Ejército Rojo invasor. Los pueblos no eran lo suficientemente viriles para lograr su revolución, y había que conseguir por las armas el aniquilamiento de la "opresión burguesa" en el mundo.

Rusia levantó ante sus accesos unas murallas que nadie osaba atravesar; contados viajeros visitaban el país, siguiendo un itinerario obligado; se construían grandes factorías de guerra en lugares cuyo emplazamiento, en algunos casos, es hoy todavía ignorado; primer país

totalitario europeo, sacrificó incluso su popularidad en los años iniciales—hambre, migraciones, desconcierto económico—en aras de la potencia futura, que le daría la dominación de la Tierra.

La guerra con Alemania, declarada cuando aún estaba sin logar por completo el Ejército de invasión comunista, evitó a Europa y a la Humanidad entera la irrupción en tromba en los viejos solares de la civilización cristiana, de una juventud educada en el odio y técnicamente preparada para la destrucción.

INDICE



PUBLICACIONES ESPAÑOLAS